



CANADÁ. — Antiguo colegio de los Jesuitas en Quebec.

Se le denunció al mandarin de Heng-tcheu-fu como jefe de una supuesta conspiración de los cristianos: decían que daba asilo á muchos europeos, y que ocultaba gran cantidad de armas en su casa y en su iglesia. A pesar de que la evidencia de la calumnia quedó demostrada por un registro minucioso, fué preso y conducido delante del mandarin, que, transformando la iglesia en pretorio, estableció en ella su tribunal.

El primer tratado de Tien-tsin había sido firmado algunos meses antes (el 27 de Junio), y sus disposiciones relativas á la libertad religiosa eran conocidas de todos: esto sin embargo, el mandarin negó terminantemente la existencia del tratado. Durante la causa llegó á Heng-tcheu-fu un sacerdote indígena, el Rdo. P. Joaquin Lo, de familia ilustre, condecorado con el glóbulo de quinta clase, que era portador de una copia del tratado celebrado en 1844 entre Francia y China.

La copia estaba autorizada por la firma de un gran mandarin de Kiang-nan: era, pues, imposible negar la promulgación de ese tratado, por el cual se reconocía y garantizaba el libre ejercicio de la religión cristiana en todo el Imperio. El mandarin de Heng-tcheu-fu, no atreviéndose á condenar á muerte al Obispo, y no queriendo ponerle en libertad, le desterró y le envió á Canton. El Ilmo. Navarro se puso en camino el 16 de Diciembre de 1858.

En esta época el Kuang-tong estaba en poder de los rebeldes; varios ingleses habían sido asesinados, y la cabeza de los europeos estaba puesta á precio. El Ilmo. Navarro pidió al mandarin encargado de conducirlo que, en vez de penetrar en la provincia sublevada, se detuviese en Lo-Tchang. El mandarin, que era pobre, se dejó persuadir ofreciéndole dinero.

Después de unos doce días que el Ilmo. Navarro pasó con los cristianos de Lo-Tchang, se refugió en un distrito

lejano, en donde residió hasta que pudo volver á Heng-tcheu-fu.

El estado de la salud quebrantada del Ilmo. Navarro no le permitió asistir en 1869 al concilio Vaticano. En 1872 recibió un coadjutor, el Ilmo. Ezequiel Banci, nombrado obispotitular de Halicarnaso, á quien él mismo consagró el 15 de Mayo de 1872. Pero habiéndose visto obligado el ilustrísimo Banci, por el estado de su salud, á volver á Europa en 1876, el Ilmo. Eusebio Semprini, obispo titular de Tiberiopolis, fué nombrado coadjutor del Ilmo. Navarro, con futura sucesión.

El Ilmo. Sr. Navarro falleció el 9 de Setiembre de 1877, siendo acompañado á su última morada por las lágrimas de todos sus diócesanos, que lloraban la pérdida de un sabio y virtuoso Pastor y de un amorosísimo padre.

EL ANTIGUO COLEGIO DE QUEBEC.



El grabado de esta página representa el antiguo colegio de los Jesuitas de Quebec, más conocido con el nombre de Cuarteles, que recuerda su último destino.

En el mes de Junio de 1877 el Gobierno ordenó la demolición de este vasto edificio, cuyas paredes se dice amenazaban ruina. Desde mucho tiempo se venía permitiendo que los elementos destructores causasen en él sus estragos, y recientemente las familias pobres autorizadas para guarecerse allí, podían libremente apropiarse para su uso todas las maderas y otras materias combustibles que contenía el edificio.

Un periódico anunció que los Jesuitas habían obtenido del Gobierno del Canadá permiso para llevarse el campanario de su antiguo colegio y la cornisa de la puerta principal, adornados de inscripciones que recuerdan los trabajos de los misioneros de los primitivos tiempos de la colonia.

El colegio se levantaba frente de la Catedral, en la pendiente de la colina. Era un vasto cuadro con un patio interior, y la fachada principal daba al Mercado.

Indudablemente se leerá con interés la historia de este colegio, que se enlaza con la de las Misiones de la Compañía de Jesús en el Canadá.

I.

Fundado en 1635, un año antes que la universidad de Harvard (Cambridge, cerca de Boston), el colegio de Quebec fué la más antigua institucion clásica de la América del Norte.

El proyecto de esta fundacion y las primeras diligencias que se hicieron para realizarlo remontan á una época muy lejana. Desde 1625 los Jesuitas, á instancias de los Recoletos, acudieron á ayudar á estos últimos en la evangelizacion del Canadá. Los PP. Carlos Lallemand, E. Masse y Juan de Breueuf, acompañados de los Hermanos Francisco y Gilbert, se establecieron primero al otro lado del rio de San Carlos, en un sitio llamado el Fuerte de Jaime Cartier. El año siguiente edificaron cerca de allí una humilde residencia á la que se dió despues el nombre de Nuestra Señora de los Angeles.

Apenas desembarcados se decidieron á tomar medidas para la educacion de la juventud, persuadidos que en esto consistia el porvenir de la colonia. René Rohault, hijo mayor del marqués de Gamache, habiendo obtenido licencia de su familia para ingresar en la Compañía de Jesús y consagrarse á las Misiones del Canadá, manifestó á sus padres el ardiente deseo que le animaba de fundar un colegio en Quebec. Queriendo éstos satisfacerlo, ofrecieron al superior de los Jesuitas 6,000 lises para la fundacion. Aceptóse el presente con viva gratitud; pero era preciso esperar que la colonia tomase alguna forma y que los habitantes estuviesen en estado de aprovechar las ventajas de un colegio.

Así las cosas, un triste acontecimiento que tuvo lugar el 20 de Julio de 1629 demoró tan bellas esperanzas. Un aventurero de Dieppe, David Kertk, al servicio de Inglaterra, consiguió interceptar la flotilla de Roquemont, obligando luego á Champlain á capitular en Quebec. Los franceses tuvieron libertad de quedarse ó de volverse á su patria; empero los Religiosos todos fueron obligados á repasar el Oceano.

Motivos de religion, más aún que consideraciones de política y de interés, no permitian á Luis XIII renunciar á esta colonia tan rudamente combatida. Sus justas reclamaciones fueron atendidas, y por el tratado de paz ajustado el 12 de Marzo de 1632 en San German en Laye, Inglaterra la devolvió á Francia. Pero ¡en qué estado! La habitacion del gobernador habia sido invadida, y sólo quedaban de ella las paredes ennegrecidas. La casa de los Jesuitas caía en ruinas; las puertas y ventanas habian sido quitadas y rotas, y el convento de los Recoletos se encontraba en estado todavía peor.

Los Jesuitas continuaron su tarea con nuevo ardor, mas en muy humildes condiciones. El P. Pablo Lejeune escribia en 1632: «Soy ahora regente (profesor) en el Canadá, y tengo al presente dos alumnos á quienes enseño las primeras letras. Tras tantos años de profesorado héme aquí volver al abecé, pero con un contento y satisfaccion tan grande que no cambiaria los dos escolares por el mejor auditorio de Francia.» El año siguiente añadía: «Hace pocos meses era yo maestro de dos escolares: ahora soy rico: tengo al presente más de veinte.»

Sin embargo, no habian sido olvidadas las promesas del marqués de Gamache, y acercábase el momento en que iban á recibir su cumplimiento. En 1635 los Padres Carlos Lallemand y de Quen abrieron las clases, y al mismo tiempo reuniéronse los materiales para la construccion de los edificios provisionales. Los fundamentos del colegio de Quebec echáronse cerca del Fuerte de San Luis en un terreno concedido por la colonia. Esta construccion tuvo por resultado alentar á muchas familias influyentes á pasar al Canadá, donde en adelante podrian procurar á sus niños una educacion cristiana y una instruccion correspondiente á su estado. La inmigracion tomó incremento, si bien la terminacion del colegio se hizo esperar bastante tiempo.

Champlain sólo sobrevivió algunos meses á la fundacion de un establecimiento en el cual se interesó vivamente, pues falleció el 25 de Diciembre de 1635. Su muerte fué un luto general y como una calamidad pública. El P. Lejeune pronunció sobre su sepulcro una elocuente oracion fúnebre, y luego volvió con toda sencillez á su clase elemental.

El P. Bartolomé Vimont, que condujo al Canadá, el 1.º de Agosto de 1639, las primeras Ursulinas y los Hospitalarios, y que quedó como superior de los Jesuitas de Nueva-Francia, empezó á dar cierta forma al colegio naciente, cuando nuevas contrariedades vinieron una vez más á entorpecer los trabajos. Habiendo un incendio consumido al cabo de poco tiempo la casa de los Jesuitas, el gobernador los albergó provisionalmente en la que habian ocupado los Hospitalarios, y que consistia en dos aposentos que servian sucesivamente de cocina, de dormitorio y de clases.

El valor de los Padres parecia tomar creces con los obstáculos, y bendiciendo Dios sus esfuerzos, pudieron vislumbrar luego la aurora de un brillante porvenir. Hay que confesar, por lo demás, que casi todos eran hombres de raro talento y virtud probada.

Los que presidieron á los destinos del colegio con elementos tan humildes, eran en su mayor parte hombres distinguidos por su nacimiento y sus empleos anteriores, tanto como por su ciencia y capacidad. La lista siguiente indica los empleos que desempeñaron en Francia.

El P. Lejeune, profesor de retórica, y luego superior de una casa de su Orden.

El P. Carlos Lallemand, profesor de fisica en Bourges, pimarío (prefecto ó director) en el colegio de Luis el Grande y por último rector del colegio de Ruan.

El P. Jerónimo Lallemand, profesor de lógica, de fisica y primario en París antes de su primer viaje, y era rector del colegio de la Fleche, en donde tenia 1,200 discipulos, cuando obtuvo, á peticion del Ilmo. de Laval, permiso para volver al Canadá.

El P. Pablo Raguenau, profesor de humanidades en Bourges, y de filosofía en Amiens.

El P. Pedro Castelain, profesor en el colegio de Luis el Grande en 1629, y muerto en Quebec en 1684, después de haber vivido cuarenta y ocho años en el Canadá, autor de piadosos y amenos opúsculos: *Affectus animæ amantis Jesum*.

El P. Bartolomé Vimont, prefecto de estudios y rector en Vannes.

El P. Juan de Quen, profesor de gramática en París, y de humanidades en Port-l'Évêque.

El P. René Menard, profesor de retórica en Moulins.

El P. Ambrosio Davost, ministro y procurador en el colegio de Bourges.

Más que todo, esta casa de Quebec tuvo la gloria de haber sido morada y aún para algunos residencia habitual de esos mártires del celo apostólico que en el siglo XVII regaron con sus sudores y su sangre la tierra del Canadá. Los PP. Juan de Brebeuf y Gabriel Lallemand, que el 16 y 17 de Marzo de 1649 terminaron con una muerte heroica una vida de trabajos y de privaciones inauditas, pueden ser reclamados como pertenecientes al colegio de Quebec. Así en memoria del fin memorable del P. Brebeuf, su familia envió á este colegio su busto de plata de tamaño natural, que descansa en un zócalo en el cual está encajada la cabeza del misionero. Este precioso monumento ha pasado á otras manos. Hoy se conserva en el hospital de Quebec.

El 9 de Octubre de 1668, fiesta de san Dionisio, tuvo lugar la inauguración solemne del seminario de Quebec. Este establecimiento, destinado á educar á los niños que se juzgara con vocación para el estado eclesiástico, tuvo todo el éxito que se podía desear. Los discípulos, poco numerosos al principio, pero bien escogidos, seguían las clases del colegio, y luego se estableció estrecha amistad entre las dos casas.

El Canadá iba poblándose cada vez más, tanto por el natural acrecentamiento de la población como por nuevas inmigraciones procedentes de Francia. En 1721 contábanse allí 25,000 habitantes, y en 1744 había próximamente 50,000.

II.

En el período de estas dos últimas fechas hay que fijar la construcción de los edificios que no há mucho han caído bajo la piqueta demoledora.

Hé aquí, en efecto, lo que leemos en el diario del Padre de Charlevoix (1), con fecha 28 de Octubre de 1720: «Sin duda habréis visto en algunas relaciones que el colegio de los Jesuitas de Quebec es un hermoso edificio. Indudablemente, cuando esta ciudad era sólo un informe conjunto de barracas francesas y de cabañas salvajes, esta casa, la única, junto con el fuerte, edificada con piedra, hacia cierta figura. Los primeros viajeros, que juzgaban por comparación, la representaron como una construcción bellísima; los que les siguieron, y que según la costumbre les copiaron, emplearon idéntico lenguaje. Mas ahora las cabañas han desaparecido, y las barracas se han trocado en casas, la mayor parte bien construidas, de suerte que el colegio desdice hoy de la ciudad, y amenaza ruina por todas partes.»

La edición en 4.º de 1744 trae en una nota: «Recientemente se ha restaurado todo el colegio, y al presente ofrece muy agradable aspecto.» Nuestro grabado reproduce la vista de este nuevo colegio edificado sobre el antiguo solar.

No obstante, la prosperidad de Quebec excitó la envidia de la colonia vecina, y en particular Luisburgo era un objeto de irritación para Nueva-Inglaterra. La pérdida de esta plaza importante, obligada á capitular el 17 de Junio de 1748, fué el preludio de todos los desastres que siguieron y que se terminaron, á pesar del heroísmo de la defensa, con la rendición de Quebec el 18 de Setiembre de 1759, y por la de Montreal el 8 de Setiembre del año siguiente. Desde entonces quedó terminada la lucha. Algunas semanas más tarde los buques ingleses condujeron á Francia los oficiales y soldados del ejército y de la armada con gran número de los colonos más notables.

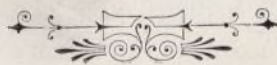
El colegio de Quebec no pudo resistir mucho tiempo á tan rudo golpe.

Los canadienses, sin embargo, no habían cesado de pertenecer á Francia, y continuaban esperando que la madre patria no les abandonaría y se haría devolver la colonia al terminar las hostilidades. Empero, tras largos años de espera vieron disiparse su última ilusión: el tratado de París (10 de Febrero de 1763) fijó su suerte y les ligó definitivamente á Inglaterra. Este acontecimiento determinó una nueva emigración: la mayor parte de los notables que aún existían en el país pasaron á Francia ó á Santo Domingo, en número de 1,000 á 2,000. Salvo pocas familias de calidad, sólo quedaron algunos empleados subalternos, escaso número de artesanos y los Religiosos.

El colegio de Quebec continuó viviendo como pudo hasta 1768, época en que el seminario, que hasta entonces había enviado sus discípulos á seguir el curso entre los Jesuitas, recibió á su vez los 60 alumnos que les quedaban á éstos.

En 1776 el Gobierno inglés se apoderó de parte del colegio para depositar los archivos, y creyó mostrarse generoso dejando á los miembros sobrevivientes de la Orden en pacífica posesión del resto. Cuando en 1800 murió el último de ellos, el P. Cazot, la Corona, en virtud del derecho del más fuerte, declaró, sin otra forma de proceso, que los bienes de los Jesuitas, comprendido el colegio, le eran debidos por caducidad, como si la Iglesia, á quien tales bienes pertenecen, no fuese inmortal.

El colegio fué transformado en cuartel y continuó siéndolo hasta que Inglaterra retiró sus tropas del Canadá (1869). Luego fué enteramente abandonado, como una ruina reservada á una destrucción más ó menos próxima. Antes de desaparecer tuvo aún un bello día. El 1.º de Octubre de 1874, 200.º aniversario de la erección de la Sede episcopal de Quebec, las ventanas del viejo edificio fueron adornadas con transparentes, que de día con letras de oro, y por la noche con letras de fuego, proclamaban al Canadá entero el pasado glorioso del antiguo colegio de los Jesuitas de Quebec.



(1) *Histoire de la Nouvelle-France*, tom. III, pág. 75.

EGIPTO,

Extracto de una carta del P. Guillaume, franciscano.

QUIERO daros algunos detalles acerca los terribles acontecimientos de Alejandría. Sin duda los periódicos han dado cuenta de las escenas de horror que han ensangrentado y arruinado nuestra ciudad; empero los hechos que la prensa refiere son de tal suerte desnaturalizados que apenas se encuentra en ellos vestigios de verdad.

Ante todo debo tranquilizaros por lo que respecta á los Franciscanos de Alejandría. Por nuestra parte no hemos tenido que sufrir saqueos, asesinatos ni incendios.

Sólo nuestro divan (sala de recreacion) ha salido perjudicado por una bomba. Esta importuna visitante me saludó de muy cerca, pues me encontraba á la sazón en mi aposento, inmediato á dicho divan. Al oír el silbido de la bomba, seguido del hundimiento de la albañilería, abrí la puerta, y al instante fui envuelto en una nube de polvo, que llenaba el corredor y me hizo temer un incendio.

Apresuréme á pedir socorro; pero felizmente nos convencimos desde luego que no había indicio de fuego. Otro proyectil fué á alojarse en un cuarto del piso superior de la parte destinada á las mujeres en el hospital: precisamente me ocupaba entonces en preparar para la muerte á las personas que allí se encontraban encerradas, y ciertamente el silbido de las bombas que pasaban y repasaban encima de nuestras cabezas era un argumento más poderoso para remover las conciencias que todos los razonamientos del mundo. De las 80 personas refugiadas en el convento, muchas habían olvidado las oraciones, pero aquel día todas sabían orar. Estábamos bajo la mano de Dios, y todos comprendíamos que sólo Él podía salvarnos. Otro proyectil cayó en la casa de los Hermanos, á dos pasos de nuestra iglesia, demoliendo por completo el locutorio. Como podeis imaginar, este día fué angustiosísimo para todos.

El siguiente fué una repetición del 11 de Junio, día de saqueo y de matanza. Muy de madrugada desde mi ventana veía bandas de árabes y beduinos venir á la ciudad armados con palos, hachas y fusiles, vociferando contra los cristianos. Poco después oía saltar en astillas las puertas y ventanas de las casas: los bandidos se apode-

aban de todo lo que podían llevarse, y lo demás lo destruían al momento.

Por todas partes oíanse disparos de fusil y de revólver. Eran europeos que, asaltados en sus viviendas, defendían sus bienes y su vida. Los Bancos y el Crédito lyonés sobre todo tenían valientes defensores, y como el cebo del dinero atraía buen número de árabes, muchos de éstos quedaron tendidos en la calle. Por nuestra parte hicimos algunas barricadas para defendernos contra los ladrones: precaución supérflua, pues á nadie le ocurrió inquietarnos. No obstante, pasámos aquel día con no pocos sobresaltos: al menor ruido que se oía corríamos á la puerta, creyendo que estaban allí los asesinos.

Pasados los días del bombardeo, esperábamos que los árabes, hartos de rapiña y de sangre, iban á cesar en su bandolerismo, cuando á las cuatro de la tarde ví elevarse en los aires una inmensa columna de negro humo.

Subí á la azotea, y advertí que ardía uno de los más vastos almacenes de Alejandría, cercano al convento. Esforzándome por hacerme ilusiones, atribuí esta desdicha á un accidente; pero desengañéme cuando un cuarto de hora más tarde ví que ardían cuatro ó cinco casas en diversos puntos de la ciudad. ¡Qué espantosa noche íbamos á pasar! Habíamos escapado al bombardeo, al saqueo y á la matanza; ¿nos libraríamos ahora del incendio? Cuanto más avanzaba la noche, más se extendía y multiplicaba el incendio. A las doce subí á la azotea, desde donde podía descubrir casi toda la ciudad; y á derecha, á izquierda, delante y detrás de mí y en todas partes ví humo y fuego.

Encontrábame como en un círculo de llamas. A la claridad del incendio distinguí que circulaban por la vía pública miserables con enormes cántaros, rociando con petróleo las puertas y ventanas, y activando la llama con ciertos instrumentos.

Uno de nuestros Padres que entiende el árabe se encontraba en una ventana del piso inferior que da á la calle, cuando vió detenerse ante el convento una carreta cargada de cántaros de petróleo, y oyó que los dos infelices que la arrastraban discutían si debían ó no pegar fuego á la puerta. Tras un cuarto de hora de contienda venció nuestro defensor, y ambos continuaron su camino. ¡Ya podeis imaginar cuáles fueron nuestras angustias!

Los incendios continuaron hasta la mañana, lo mismo



P. SANTOS DENIAUD, de la Sociedad de Misioneros de Argel, superior que fué de la Mision del Tanganika (Pág. 418).

que el día y la noche siguientes; pues los ingleses no desembarcaron hasta el tercer día, y aún á causa de su corto número no podían acudir á todas partes á la vez. No obstante, usaron de suma severidad: para convenirse de ello basta dirigirse á la plaza de los Cónsules, donde se ven los lugares en que se enterró á los que fueron fusilados allí mismo: muchas huesas están todavía abiertas, dispuestas para recibir á todos los que cada día son convencidos de asesinato ó incendio. Sea como fuere, desde que desembarcaron los ingleses disminuyeron nuestros temores; pues nuestra iglesia podía sin duda ser atacada, pero teníamos defensores.

Salí entonces con un lazarista, que queria ver en qué estado se encontraban su convento y su iglesia. Nada teníamos que temer de los árabes; casi todos habían emprendido la fuga, y los pocos indígenas que aún se encontraban huían á todo correr apenas nos acercábamos.

Los europeos refugiados á bordo de los buques durante el bombardeo, no habían desembarcado todavía, y reinaba en todas partes un sepulcral silencio. ¡Aquel día éramos dueños y señores de Alejandría! Armados de un revólver, adelantámonos atrevidamente hacia el convento de los Lazaristas: ¡ay! ¡era sólo un montón de ruinas! Desde allí fuimos á la plaza de los Cónsules. ¡Qué triste espectáculo! Paredes casi demolidas y algunas todavía ardiendo y que se desplomaban á nuestra vista, hé aquí todo lo que resta de sus antiguas magnificencias. La vida y la animación que allí reinaban pocos días há, se han trocado en un silencio de muerte. No encontramos ni un sér viviente, á excepcion de las aves de presa y de los perros hambrientos, ocupados en devorar el cadáver de un cristiano asesinado dos días atrás. ¡Qué horrible aspecto ofre-

cía ese cadáver! Vimos asimismo otros siete ú ocho no menos mutilados. Cuando estábamos para abandonar aquella triste plaza, encontramos dos ó tres soldados ingleses y un oficial, perdidos como nosotros en las ruinas. Calculando que habíamos sufrido mucho, nos manifestaron la más viva simpatía y el mayor interés, y nos ofrecieron generosamente sus servicios.

Únicamente les pedimos autorización para sepultar los cadáveres que encontramos en las calles que recorreríamos, y nos separámos despues de estrecharles la mano. En breve llegamos á una de las más hermosas calles de la ciudad. Solamente dos casas permanecían intactas; las restantes habían sido pasto de las llamas.

Adelantámonos penosamente á través de paredes ardiendo que podían desplomarse á cada momento; subiendo por los escombros, ora mirando á derecha é izquierda, ora deteniéndonos para dejar caer una pared, ora apresurando el paso á fin de evitar que nos alcanzasen los restos de otra que se hundía tras de nosotros. Así llegamos á otra calle menos castigada, en la que existen la iglesia cofta cismática y



P. RICHARD, de la Sociedad de Misioneros de Argel, jefe de la caravana del R'at en Trípoli. (Pág. 415).

la sinagoga, en que se había refugiado mucha gente. Estos desgraciados, que en tiempos normales nos son hostiles, comprendieron, al vernos pasar, que no había ya peligro, y vinieron presurosos hacia nosotros para saludarnos como sus salvadores y darnos las mayores muestras de simpatía. Para contentarles teníamos que entrar en su casa; empero nos faltaba el tiempo: era muy tarde, y teníamos prisa para regresar al convento. Antes de llegar á él tuvimos que atravesar aún distintas calles, en otro tiempo grandes y hermosas, y obstruidas hoy por montones de ruinas.

Port-Said, á bordo de la *Sarthe*, 24 de Julio de 1882.

DESDE mi salida de Alejandría he llevado una vida errante, ora en Zagazig, ora en Ismailía, y finalmente hace dos dias estoy á bordo de la *Sarthe*, buque estacionado en este momento en Port-Said y que sirve de refugio á los franceses venidos recientemente del interior. Voy á referiros en breves patabras mi historia de un mes á esta parte.

El 3 de Julio partí de Alejandría con el H. Eugenio para volver á Tantah. Al cabo de tres dias de permanencia allí el agente consular nos comunicó un despacho oficial previniéndonos que los súbditos ó protegidos franceses proveyesen á su seguridad dirigiéndose á Port-Said, estando él mismo autorizado á abandonar su puesto. El mismo dia recibí un despacho del P. Jullien, diciéndome que la misma noche pasaria por Tantah para dirigirse al Cairo, y suplicándome que acudiese á la estacion, en donde me comunicaria las noticias de Alejandría. Confirmóme lo que preveía ya, que el bombardeo tendria lugar al cabo de dos dias lo más tarde y por los ingleses solos. De consiguiente tomé la resolucion de permanecer en Tantah, pues no mezclándose para nada los franceses, figurábame que estaria en seguridad, evitando mostrarme durante algunos dias. Por lo demás, imaginé tambien que los ingleses habian tomado sus precauciones, y que luego de bombardear á Alejandría se apoderarian de ella, marcharian sobre el Cairo y ocuparían todas las ciudades que encontrarían á su paso, y por consiguiente Tantah. Quedaba aún considerable número de cristianos en el interior, y no podia creer que, despues de irritar á los árabes, los ingleses se volviesen platónicamente á sus buques ó permaneciesen en los fuertes de Alejandría, sin cuidarse poco ni mucho de los millares de individuos que quedaban así entre las garras del lobo.

El domingo, 9, despues de celebrar la misa, á la que únicamente asistieron dos personas, partí para Zagazig con intencion de permanecer allí algunos dias y volver á Tantah á fines de la semana. Respecto á católicos sólo quedaban algunos empleados del catastro á quienes el Gobierno egipcio prohibió que partiesen, afirmando que siendo empleados del Gobierno nada tenían que temer y que se proveeria á su seguridad.

Desde el 12 supimos en Zagazig el bombardeo de Alejandría, pero las noticias no nos llegaban sino por medio de mensajeros árabes, siempre algo sospechosos. Muchos indígenas llegaron hasta á anunciarnos con toda seriedad que los egipcios habian tomado siete buques ingleses, muerto al almirante Seymour, etc. Arabí queria de este modo excitar el entusiasmo de los *fellahs*. Hasta entonces Zagazig habia estado tranquilo. No obstante al pasar por las calles los europeos eran insultados con harta grosería; así es que por orden del gobernador dobláronse las guardias aquella misma noche. Al dia siguiente se nos comunicó con alguna vaguedad que bandidos alejandrinos se habian esparcido por todas partes, en Tantah y el interior, con objeto de provocar una matanza general de todos los que no fuesen musulmanes, de lo que en la misma estacion hubo una tentativa de la que fui testigo. En el instante de parar el tren un árabe pre-

tendió que le habian sido robadas cuatro guineas por un griego, quien fué inmediatamente rodeado por un centenar de energúmenos gritando y gesticulando. A lo que parece, esperábase que el griego contestaria con algunos golpes, lo que debia ser el pretexto y la señal del motin. Felizmente intervinieron los soldados, y el griego pidió que le registrasen. Los empleados prestaron un concurso enérgico. Hizose entrar al acusado con los soldados en un departamento de la estacion, y registráronle sin encontrar las cuatro guineas que se suponían robadas; entonces la policía dispersó á los árabes. Hasta el dia siguiente no supe que la escena que habia presenciado habia sido un golpe preparado para servir de pretexto á la matanza y al saqueo, y que todo fracasó merced á la actitud enérgica de la policía. Las Autoridades, por lo demás, han desplegado constantemente exquisita vigilancia.

Sin embargo, los dos compañeros de Zagazig y yo decidimos que nos retiráramos siquiera por algun tiempo á Ismailía. Partí, pues, con el P. Cadot, y el P. Wellinger se nos reunió el dia siguiente, en que llegó tambien del Cairo á Ismailía un tren de 1,500 personas organizado por el cónsul de Italia: este tren condujo los Padres Franciscanos, los Padres Jesuitas, los Hermanos, las Religiosas del Buen Pastor y las Hermanas Franciscanas. La casa de los primeros fué invadida por los Religiosos, sacerdotes y Hermanos. La mayor parte nos acostamos en el jardin bajo las estrellas, durante tres dias. Las Religiosas hicieron lo mismo en la casa de las Hermanas Franciscanas de Ismailía.

Viniendo con nosotros dos huerfanitos, creimos que seria mejor que nos retirásemos á una casita. La Compañía puso una á nuestra disposicion, en la que pasamos juntos tres ó cuatro dias. Por todo mueble cada uno de nosotros tenia un colchon, que servia á la vez de cama, de silla y de mesa.

El 20, mucho antes de anocheecer, llegó un tren expreso de Tantah conduciendo los restos de la colonia europea griega y judía. El dia siguiente fui á recibir informes, y tuve el gusto de encontrar á muchas personas conocidas mías á quienes creia asesinadas, y por ellas supe los detalles de la jornada del 13 de Julio.

A la noticia del bombardeo cayó sobre Tantah una banda de asesinos é incendiarios alejandrinos. Empezóse por excitar el fanatismo: pretendióse ver que la media luna que domina la cúpula de la mezquita giraba sobre sí misma. Los bandidos referian que, durante el bombardeo de Alejandría, Said el-Badaui habia tomado la forma de un toro y fué por debajo las aguas del mar á destruir muchos buques ingleses. El prodigio de la media luna, añadian, es una prenda de victoria; pero el Said (el Santo) quiere que se acabe con los cristianos y judíos. Todo el dia se pasó en gritos y oraciones.

El 13, á las ocho de la mañana, presentáronse en casa de un panadero griego algunos árabes que venian de Alejandría: sus casas habian sido incendiadas; no tenían qué comer, y necesitaban pan. Por dos veces el panadero les hizo distribucion de este artículo, pero agotada la provision, los árabes la emprendieron á injurias y golpes, y el infeliz sólo debió su salvacion á la fuga. Entonces comenzó la matanza, que duró hasta las cinco de la tarde. Judíos, griegos, europeos y aún coftos,

todo el que no era musulman sucumbia á una lluvia de palos que descargaban bandidos enfurecidos, vociferando las más groseras injurias. Los asesinatos de Tintah han tenido un carácter de salvajismo más pronunciado que los de Alejandría. Los cadáveres eran despojados, cogidos por los piés, y luego, vuelto el rostro contra el suelo, arrastrados por las calles de la ciudad mientras se les golpeaba con palos y piedras hasta que los cuerpos quedaban reducidos á masas informes. Un empleado del catastro, que se defendió con vigor, fué literalmente hecho pedazos. Y no se contentaron, como en Alejandría, en asesinar por las calles, pues llegaron hasta á penetrar en las casas de los cristianos, sobre todo en las que se sospechaba que los habia escondidos. Parece que la nuestra fué una de las primeras invadidas. Dios permitió que yo partiese tres días antes. No he podido saber aún si la casa de las Hermanas fué igualmente ocupada; pero se me asegura que la nuestra ha sido completamente saqueada.

La policía reconoce que hubo 42 muertos, pero se me afirma que hoy ha podido ya averiguarse un número mucho mayor: háblase de 80 ó 100 víctimas.

Durante todo el tiempo que duró la matanza, el gobernador y demás autoridades juzgaron prudente no manifestarse.

Por fin, á las cinco de la tarde llegó á la ciudad Ahmed Menchoui-bey, propietario de la casa que ocupamos hace dos años, que es sin duda uno de los musulmanes más ricos del Egipto. Iba acompañado de jinetes beduinos y de Gaffirs (guardias). Al momento empezó á recorrer las calles con su gente, hiriendo y haciendo prender á los ladrones y asesinos, teniendo que sostener con ellos un combate bastante vivo. Por último llegaron 300 soldados del Cairo y el orden quedó restablecido, pudiendo muchas personas ocultas ser conducidas al Mudirieh sin escolta, y el mismo Menchoui-bey hizo acompañar todos los judíos y cristianos á quienes encontraba, yendo á las casas en que creía podia haber algunos, salvando de este modo á 200 personas. Como posee varios palacios en los alrededores de Tintah, envió á uno los judíos, á otro los siríacos y á un tercero los europeos, casi todos griegos, alojando y alimentando desde el día 13 al 20 á todas aquellas personas, que unánimes publican fueron tratadas con los mayores miramientos. Los que recibieron acogida en el Mudirieh fueron menos felices, pues á cada instante llegaban á sus oídos los insultos y amenazas de los árabes del exterior.

El día 20, á petición de Menchoui-bey, organizóse un tren para conducir á Ismailia los restos de la colonia cristiana y judía de Tintah, y segun se dice él mismo pagó este tren especial, no contentándose con menos su generosidad que con acompañar á sus protegidos hasta el lugar de su destino, recorriendo los coches á cada paro de tren para enterarse de si tenían necesidad de alguna cosa. Al anoecer llegaron á Ismailia. Mujeres y niños iban en la más completa miseria, y en muchos se veían aún las huellas de los golpes recibidos en la jornada del 13 de Julio.

El día 21 un buque francés, el *Allier*, los transportó gratuitamente desde Ismailia á Port-Said, y en él tomé plaza para venir hasta aquí.

En Zagazig sólo ha habido hasta ahora tentativas de

motín, y nuestra casa ha sido respetada. El P. Wellinger se propone permanecer en Ismailia, en donde creo está en seguridad. Por mi parte cuento partir domingo para Berito y consagrar al estudio del árabe los ocios forzosos que me proporciona Arabi-bajá.

Actualmente nos es imposible averiguar las pérdidas de nuestra casa de Tintah, pero es de temer que no encontraremos absolutamente nada.

SAHARA TRIPOLITANO.

Tras largo tiempo de angustia se ha sabido por fin que los tres individuos de la Sociedad de misioneros de Argel que quedaron en R'dames despues de la inmolacion de los PP. Richard, Morat y Pouplard en el Sahara, llegaron felizmente á Tripoli. Durante los días que siguieron á la muerte de sus compañeros, estos Padres fueron presa de recelos por desgracia fundadísimos, pues todo inducia á creer que los que habian cometido aquel crimen por odio á la Religion y á la influencia cristiana, se proponian completar su obra.

Se hubiera consumado en efecto, y los tres misioneros restantes habrian sido asesinados, á salir de R'dames para dirigirse á Argel por el Sahara, como no faltó quienes se lo aconsejasen; mas sus superiores, que veían lo peligroso de semejante empresa, pudieron comunicarles secretamente la orden de no alejarse de la ciudad, en la certidumbre de que no se atentaria contra su vida mientras el Kaimacan turco viera su responsabilidad directamente comprometida.

El Sr. Ferauld, cónsul general de Francia en Tripoli, trabajó durante este tiempo á fin de obtener del bajá y gobernador general el envío de una escolta turca suficiente á R'dames con el objeto de acompañar á los misioneros hasta Tripoli, como así, en efecto, ha tenido lugar despues de negociaciones que no han durado menos de tres meses, en cuyo intervalo los Padres sobrevivientes teniendo á su frente al P. Kermabon han estado en continuo peligro de muerte. Por fin, á últimos de Marzo pudieron llegar á Tripoli; y en Argel la noticia de su salvacion fué objeto de gran consuelo y alegría para la Sociedad á que pertenecen.

Al mismo tiempo que entraba en Tripoli, el P. Kermabon envió al Superior de Argel el siguiente relato acerca la conspiracion de que fueron víctimas los tres Padres primeramente expresados, debiendo advertir que esta deposicion es de un musulman (llamado Saih-ben-bu-Said, de la tribu de los Chambaab-bu-Ruba, fraccion de los Ulad-bu-Said), circunstancia que explica hasta cierto punto el que no se lea una sola palabra acerca sentimientos heroicos manifestados por los tres mártires, ora antes, ora durante el peligroso viaje.



PRINCIPIOS del mes de Diciembre último parti de Uargla con mi hermano Hamma-ben-bu-Said y Abdallah-ben-Dekich, todos de los Chambaab-bu-Ruba, para ir á la caza del antilope.

Matámos cuatro de estos animales, que llevámos á R'dames para vender su carne. Al llegar á esta ciudad fui á ver al P. Richard, con quien hace mucho tiempo estaba en intimas relaciones, habiéndole acompañado dos meses en sus viajes á R'dames durante su permanencia en Uargla. Me dijo que habia precedentemente enviado una carta á este último punto por un Trondí, con objeto de invitarme á que me uniese con él en R'dames con cinco ó seis Chambaas, é ir en caravana á R'at. Su mensajero no pudo encontrarme porque yo habia partido á caza en el Ergi: empero le manifesté que, puesto que me habia adelantado á sus deseos, me ponía á su disposicion con mis compañeros.

El proyecto del P. Richard de dirigirse á R'at fué entorpecido durante mucho tiempo, y no queria retardarlo más. Sólo esperaba, para partir, la llegada de un correo de Tripoli, que debia traerle dinero enviado por sus superiores de Argel: todo lo demás estaba dispuesto.

Anteriormente habia yo propuesto al P. Richard que

viniese con nosotros en calidad de guía un Targui-Djied, de los Imanghasaten, llamado Mohamed Dadda, á quien yo conocia mucho, habiendo viajado juntos, que me recibió en su tienda y me inspiraba entera confianza. Me representó las dificultades del camino despues de la muerte del coronel Flatters y de sus compañeros, y yo no queria partir sino con él.

Con este objeto el P. Richard, que le conocia tambien, le pidió que se le reuniese en una fecha que le fijó, mas no acudió á la cita. Un negro á quien envié para pedir noticias suyas, me dijo á su regreso que Mohamed Dadda habia partido para el Fezzan.

Ya he dicho más arriba que el expresado Padre sólo esperaba, para ponerse en camino, la llegada de un correo de Trípoli que debia traerle los fondos que le enviaban sus superiores para los gastos del viaje. Retardándose el correo, resolvió partir, disponiendo que se le remitiesen los fondos en el camino. Por lo que me ha dicho más tarde el P. Kermabon, aquel correo fué robado por los Djebailia, y acerca este asunto el Padre escribió al cónsul francés de Trípoli.

Esforcéme, aunque en vano, por dilatar la partida del P. Richard, repitiéndole que tenia confianza en Mohamed Dadda para la empresa, y que todos los demás me eran sospechosos: objetóme que habia ido con frecuencia á las tiendas de los Tuaregs á extramuros, que nunca le hicieron el menor daño y que era conocido de ellos.

—Yo no soy, me decia, como el coronel Flatters, que se sabia llevaba mucho dinero: nada tengo que pueda excitar la codicia de los Tuaregs: soy simplemente un pobre morabito que nada posee, y por consiguiente no tienen interés alguno en perderme.

Repliquéle que los Tuaregs no distinguian á los morabitos de los demás, y que en realidad confundian á todos en el mismo odio.

El P. Richard me dijo entonces:

—Nada entiendes en estas cosas; déjame hacer: ya dispondré el viaje por mí mismo.

Pidió por ciertos Tuaregs que conoció en R'dames, con quienes se entendiera anteriormente para su viaje á R'at. Comparecieron al cabo de ocho dias con diez camellos de carga. Estos Tuaregs eran los llamados:

1.º El Khadjem, de los Imanghasaten, propietario de una casa en R'dames, donde habitaba ordinariamente, pero que se encontraba á la sazón ocupado á dos jornadas de distancia. Gozaba buena reputación, y nada hay que decir respecto de él.

2.º Mohamed-Betikha, hijo del precedente.

3.º Aissa-Uld-Deg-Ech-Cheikh, cuñado de El-Khad-jem.

4.º Djadur, negro de El-Khad-jem.

Antes de ponerme en camino con el P. Richard, le supliqué me diese un escrito firmado de su puño, por el que atestiguase que, si le acontecia algun percance en el camino, no seria yo responsable.

Fuimos á casa del Kaimacan, donde su secretario nos redactó este documento que obra en mi poder y del que vos habeis tomado copia. En esta ocasion el Kaimacan dijo al P. Richard:

—Créeme, no partas: los Tuaregs son traidores, y te quitarán la vida.

El Kaimacan le pidió asimismo un escrito firmado por él y sus dos compañeros para librarse de toda responsabilidad.

Al cabo de cuatro dias la caravana se puso en marcha, el 21 de Diciembre, á la una de la tarde. Componíanla:

Los PP. Richard, Morat y Pouplard, los tres Tuaregs y el negro que ya os he citado, yo y mis dos compañeros Chambis.

Comprendia diez camellos de carga, alquilados á El-Khadjem.

El primero de dichos Padres iba á caballo, y los otros dos en camellos con parte de los bagajes.



H. LAURENT.

P. ROGER.

P. DELATTRE.

H. FLEURET.

TÚNEZ.—Misioneros de Argel y niños árabes en San Luis de Cartago. (Pág. 432).

La caravana traía cebada para el caballo, agua, unas cantinas de medicamentos, tres tonelitos de vino fabricado por los Padres en R'dames, una carga y media de azúcar, conserva de carnes, legumbres, etc. Los bagajes personales de los Padres se componían de dos cofres para cada uno conteniendo un lecho, efectos, libros é instrumentos. El P. Richard podría traer encima una suma próximamente de 4,500 pesetas.

Cuando la caravana estuvo á punto de salir de la ciudad, el Kaimacan vino á encontrar al P. Richard, y le dijo:

—Puesto que absolutamente quieres partir, te recomiendo que desconfíes de los Tuaregs, que te perderán. ¡Guárdate de ellos!

Su hijo nos acompañó hasta la distancia de dos kilómetros de la ciudad, con una docena de jinetes.

A fin de desorientar á los malhechores, la caravana se dirigió primero por el camino de Uargla, para tomar á través los montecillos arenosos del Erg.

El primer día pernoctó en Messeñonda, algo al Sud de este camino.

A la mañana siguiente no partimos de este campo hasta las diez, pues desde la madrugada vióse á lo lejos gran número de gente. Los Padres permanecieron observando con los anteojos, y no abandonámos el campamento hasta adquirirse la convicción de que sólo nos encontraríamos con indígenas de R'dames, que venían á buscar madera con sus jumentos.

Al otro día llegámos á Ras-Marcksan. Durante el día el P. Richard, que tenía suma confianza en el Targui Aissa, prestóle su caballo. La caravana había sido nuevamente conducida por los Tuaregs, á pesar de mi parecer en contra, hácia el camino directo de R'dames á R'at, lo que yo quería evitar. Lo hice presente al P. Richard, quien prefirió seguir el consejo de los Tuaregs.

Al tercer día de la partida, cuando apenas habíamos andado unos veinte kilómetros, hicimos alto, siguiendo el parecer del Tuareg Aissa, que pedía encarecidamente que le aguardásemos mientras iba á explorar, según dijo, los alrededores á fin de que pudiésemos procurarnos agua. Como no teníamos aún necesidad de ella, me pareció el pretexto extraño por lo menos: comuniqué mis reflexiones al P. Richard, quien me dijo que los camellos pertenecían á los Tuaregs, que ellos los conducían, y por consiguiente eran los únicos competentes para juzgar el momento en que les sería necesaria el agua. Tranquilizó á los otros dos Padres que, como yo, estaban recelosos viendo que al cabo de tres días de marcha se hubiese andado tan poco.

Aissa no volvió hasta la puesta del sol, y refirió que habiendo encontrado un carnero silvestre, quiso darle caza y se internó en un terreno escabroso. Contentámonos con esta explicación, y fijóse la partida para el día siguiente.

Por la tarde, después de comer, estaba yo en la tienda con el P. Morat, Aissa y El-Khadjem. Afuera y á pocos metros de distancia había el P. Richard con mi hermano Hamma, en torno de una hoguera. Djadur y luego Mohamed-Betikha fueron á unirse con este grupo. Respecto al P. Pouplard y Abdallah se habían acostado igualmente allí cerca. Todas las armas estaban reunidas en la tienda junto con las sillas. Salí para hacer mi oración, y al mo-

mento oí que los Tuaregs hablaban entre sí en su idioma: luego Aissa dió un grito, y precipitóse sobre el P. Morat, infiriéndole dos heridas con un puñal (*derraia*) que traía oculto bajo su albornoz.

En el mismo momento, y en un abrir y cerrar de ojos, Mohamed-Betikha sacó un fusil de dos tiros, que disimulaba igualmente bajo sus vestidos, y lo descargó á quemarropa sobre el P. Richard, que tuvo apenas tiempo de lanzar un grito y cayó herido en el pecho. Djadur se arrojó en seguida sobre él y le dió repetidas puñaladas.

El P. Pouplard, oyendo la doble detonación, se levantó precipitadamente con Abdallah, y á la distancia de unos treinta metros cayó en una emboscada y fué muerto por Jedda, de los Imanghasaten, el mismo que en otro tiempo asesinó á dos misioneros en el camino de In-Salah.

Componían esta emboscada ocho Tuaregs, entre los cuales puedo citar también á Hamma y Bukheddi, ambos de los Ifaghas. A la señal dada por Aissa, estos ocho hombres salieron de su escondrijo y precipitáronse sobre nuestro campamento. Bukeddi, al llegar, disparó un trabucazo sobre el cuerpo del P. Morat, derribado al suelo. Los cadáveres fueron instantáneamente registrados y despojados por los Tuaregs.

Durante esta matanza, que sólo duró breves momentos, los Tuaregs me retuvieron junto á sí. Mi hermano Hamma, que huyó con su fusil, les amenazó con tirar sobre ellos si no me soltaban. Contestáronle que si hacía fuego me descabezarian al instante.

Por su parte Abdallah, que no había recibido daño alguno de los Tuaregs, se reunió con ellos; pero Hamma rehusó hacerlo, y permaneció lejos del campo.

Los asesinos pasaron la noche cerca de los cadáveres de los misioneros, después de haber tomado los objetos que les parecieron más preciosos, y me retuvieron cautivo, lo mismo que á Abdallah. Durante la noche los efectos dejados sobre el cuerpo del P. Richard, y que fueron inflamados por la descarga que recibió, continuaron quemando, y el viento llevaba el humo hácia la parte en que se encontraban los Tuaregs, quienes por dos veces enviaron al negro Djadur á cubrir de arena los objetos que ardían.

A la mañana siguiente Aissa fué á ver á mi hermano Hamma y lo condujo al campamento. A poco llegó un negro de R'dames portador de un encargo para los misioneros. Los asesinos no permitieron que se acercara. Aissa se dirigió hácia él, y le intimó le hiciese entrega del encargo, que suponían debía contener dinero. El negro opuso al pronto algunas dificultades, mas así que supo la muerte de los Padres, le dió la carta de que era portador: ignoro su contenido. Al enterarse de la matanza de los Padres, dijo el negro á los Tuaregs:

—Se os encomendó asimismo que quitáseis la vida á todos los Chambaas; ¿por qué los habeis perdonado?

Pasóse todo el día en el reparto del botín de la caravana, lo que se efectuó en nuestra presencia, partiendo á la puesta del sol, después de haber tomado todo lo que les convenía, y de entregar los papeles, libros, toneles y medicamentos á la custodia del negro que vino con ellos. Al cabo de media hora de marcha consintieron en soltarnos, devolviéndonos nuestras armas, que descargaron previamente.

Al momento nos dirigimos á R'dames, á donde llegámos la misma noche, y tuvimos que aguardar la salida del sol para entrar en la ciudad, pues las puertas estaban aún cerradas. Lo primero que hicimos fué ir á anunciar el fatal suceso al P. Kermabon, y mientras le exponíamos lo que habíamos visto, el Kaimacan, sabedor también de la muerte de los misioneros, vino á encontrar á los tres Padres en su casa. Aproveché su presencia para pedirle que me confiase diez jinetes á fin de lanzarme en persecucion de los asesinos, á lo que se negó rotundamente. Consintió no obstante en alquilarnos dos caballos y tres camellos con algunos negros, á quienes se envió el mismo día para que trajesen los cuerpos de las víctimas; pero no se consiguió este resultado, pues los negros dijeron que habian encontrado los cadáveres en muy mal estado, especialmente el P. Richard, para que pudiesen ser transportados. Por mi parte puedo afirmar que antes de mi partida los Tuaregs no los mutilaron.

Envié con ellos á mi hermano Hamma, pues un absceso que tenia en una pierna me impedía poner pié en el estribo, y me quedé para cavar las tumbas.

Las gentes despachadas al lugar de la matanza enterraron los cadáveres y volvieron trayendo todo el material abandonado por los Tuaregs.

Tras dos días de permanencia en R'dames partí con mis dos compañeros para regresar á Uargla, con una carta de los tres Padres que quedaban.

Estos Padres tenían vivos deseos de seguirnos, pues temían por su vida; pero en el momento en que estaban para partir vinieron algunos hombres de la fraccion de los Sinaun de R'dames, advirtiéndoles el peligro que corrían y aconsejándoles que permaneciesen en su casa. Los Padres me dijeron entonces:

—Vamos á encerrarnos en nuestra casa, y no saldremos de ella hasta el día en que vengais con los Chambaas para libertarnos. Partid, y volved tan pronto como os sea posible.

Los Padres no nos han dado ninguna carta para el Agha de Uargla ni nos han confiado mision alguna para él. Cuentan únicamente conmigo y los Chambaas que yo pueda reunir para acudir en su socorro.

Creo que el crimen se cometió sin conocimiento del Kaimacan de R'dames. El autor de la trama fué El-Hadj-Mohamed-ben-Tseni, kebir de Tseniau, sujeto de mucho influjo, quien pagó por sí mismo á los asesinos, con quienes vino de Trípoli algun tiempo antes. Tal es por lo menos lo que uno de los Sinaun dijo al P. Kermabon y lo que de público se dice en la ciudad de R'dames.

Además del retrato del P. Richard, damos el de su hermano en el apostolado y en el martirio, el P. Deniaud. En otro número dimos ya algunos detalles acerca la trágica muerte de este Padre misionero en el lago Tanganika, y hoy unimos en un comun recuerdo estos dos apóstoles de la misma familia religiosa. Añadiremos tan sólo breves detalles respecto al P. Deniaud.

Santos Donaciano Deniaud nació en Orvault, canton de la Chappelle-sur-Erdre (Loire inferior) el 15 de Mayo de 1847; estudió sucesivamente en el pequeño y en el gran seminario de Nantes, y entró en el de las Misiones africanas de Lyon el 6 de Octubre de 1870; fué ordenado subdiácono en Londres (Mill-Hill's College), y sacerdote en Angers á 13 de Agosto de 1871; embarcándose para Benin en Octubre de 1871. Habiéndole vuelto á Francia una enfermedad en Abril de 1873, fué admitido en la Sociedad de los misioneros de Argel, y formó parte de la primera caravana enviada por el Ilmo. Lavigerie al lago Tanganika el 24 de Marzo de 1878.

SENEGAMBIA.

Carta del P. Guy-Gand al P. Epinette, de la misma Mision, actualmente en Francia.

Fadiuta, 20 de Mayo de 1882.



UANDO supe vuestra partida para Francia comprendí muy bien cuánta pena os causaría el que la enfermedad os hubiese obligado á abandonar tan pronto nuestra Senegambia. Presumo que entre tanto os será grato recibir noticias de los queridos negros á quienes una dolencia os impide evangelizar por ahora, en particular de esta excelente poblacion de la isla de Fadiuta, á la que me consta profesais entrañable afecto.

Por mi parte no he olvidado las dulces impresiones que me dejé, hará pronto dos años, mi primer viaje en esta isla con motivo de la bendicion de la capilla, y sé que todos los Padres que han pasado por aquí han quedado tambien favorablemente impresionados. La aversion que los Sereros tienen al mahometismo les ha protegido contra lo que se llama la media civilizacion del Coran, esto es en realidad contra la esclavitud y la corrupcion, pues estas dos palabras lo dicen todo. Aquí todos son libres; aún la autoridad del jefe es bastante restringida, y de hecho no sé de qué serviría un poder más lato, pues cada uno cultiva en paz su arrozal y su campo de mijo al lado de su vecino. Cuando los graneros están llenos todo el mundo rebosa de contento: venden lo sobrante de la cosecha, gastan el dinero muy pronto, y ya no piensan más en ello.

No se encuentra aquí ni una sola de esas llagas y enfermedades repugnantes que engendra la corrupcion por do quiera ha pasado el Coran. Los hombres son de elevada estatura y vigorosos, y conservan su fuerza hasta la extrema vejez. Los ancianos tejen cestos que son luego exportados á todas las colonias. Sentados la mayor parte del día en el *ngel* ó plaza pública, trabajan discutiendo gravemente acerca los asuntos más insignificantes. Cierta día me pidieron pusiese en claro una cuestion sobre la que disputaban hacia mucho tiempo sin lograr ponerse de acuerdo. Tratábase de si las monedas de cinco francos son tan comunes en Europa como las conchas en Fadiuta. Comunmente se figuran que Europa es un poco más grande que su isla, y creen decir mucho preguntando si es tan extensa como Joal y Fadiuta reunidas.

Cuando amenaza al pueblo alguna calamidad, las mujeres se reúnen por la noche en un extremo de la isla á fin de conjurarla. El caso se presentó tres veces durante el primer mes de mi permanencia en este punto. Ahora os referiré lo que sucede en tales reuniones, que se prolongan hasta media noche, y á las que les está prohibido á los hombres acercarse. Todas las mujeres divididas en dos coros repiten juntas y con mucho entusiasmo algun trozo de canto, y repetidas veces se detienen con objeto de oír algunos discursos más ó menos aplaudidos. A veces tambien prorumpen en formidable gritería contra una ú otra de entre ellas acusada de hechicera. A la distancia en que nos encontrábamos no podíamos entender los discursos, pero era muy fácil oír las voces cantadas.

Cierta día circuló el rumor de que los jóvenes de Fadiuta que trabajaban en Gambia estaban amenazados á

su regreso por un reyezuelo de la costa, del que no les era fácil escapar, atendido que sus piraguas no eran á propósito para hacer el viaje por alta mar. A esta noticia gran conmocion en la ciudad. Las mujeres no dejan de reunirse, y empiezan sus cantos con estas palabras, mucho tiempo repetidas:

*Roy, o yal, in dimle am, Sen.
Namatim, danatim, lola.*

Gran Dios (Roy Sen), nuestro Señor, ayúdame.
Ya no como ni duermo antes bien lloro.

La amenaza no ha tenido felizmente consecuencias: he quedado admirado de estas palabras, que demuestran que el sentimiento religioso es mucho más vivo de lo que pudiera creerse.

Las otras dos reuniones de que he hablado fueron motivadas la una por el rapto de una mujer, á quien algunos bandidos querian hacer servir como rehen á fin de obtener la restitucion de un caballo justamente confiscado en Joal: la mujer en cuestion ha vuelto al cabo de algunos dias. La otra asamblea tuvo lugar con ocasion de la viruela que reina aún en las cercanías, especialmente en Ngazobil, y que habia atacado á un jóven.

En ciertas circunstancias, por ejemplo cuando las aves causan mucho daño en los campos de mijo, se reúnen las niñas de siete ú ocho años para conjurar el peligro.

Las asambleas de los hombres son más serias y se procede en ellas con toda gravedad. ¿Se trata de tomar una decision que interesa á todo el pueblo? Convócase á los ancianos al són del tamtam, en el que se golpea de una manera particular. Los más hábiles pronuncian discursos, despues de los cuales se conciertan acerca el partido que conviene tomar.

Por lo demás, como se esperaba, la propagacion de la fe no encuentra entre los Sereros las dificultades contra las cuales se estrellan á menudo en otros pueblos todos los esfuerzos del misionero. Esto es porque la Religion cautiva por sí misma cuando no se atraviesa la passion para cegar el espíritu y corromper el corazon. Ya sabeis cuál era el estado de esta reciente cristiandad cuando llegué aquí, hace tres meses, para ayudar al Padre Diouf: contentaréme, pues, con daros breves detalles acerca lo que ha pasado desde esa época.

Como gran número de indígenas saben ya parte del catecismo, se deciden sucesivamente á pedir el bautismo. Tanto como es posible, se les prepara para hacer la primera Comunión el mismo dia ó poco tiempo despues.

El 14 de este mes hemos recibido la visita del ilustrísimo Duboin. Así que se tuvo noticia de su próxima llegada hubo gran conmocion, especialmente entre las mujeres. Despues de tardar mucho tiempo en decidirse, ellas son las que demuestran en este momento el más vivo ardor, y manifiestan el mismo entusiasmo que existia el año último entre los jóvenes. Así es que durante la semana que precedió á la Confirmacion las Hermanas estaban literalmente rendidas de cansancio. El sábado fué dedicado á examinar la ciencia de cada uno, y por la tarde el P. Diouf confirió el Bautismo á diez personas. Os aseguro que era un verdadero trabajo poner en orden á todo el mundo, con los padrinos y madrinas. Como habia adultos y niños, la ceremonia no duró menos de hora y media.

En la mañana del domingo, mientras que el P. Diouf

fué en la piragua al encuentro de S. I., yo bauticé todavía cinco personas que debian ser admitidas el mismo dia á la sagrada Mesa y recibir el sacramento de la Confirmacion. Habia, pues, de una sola vez quince nuevos cristianos. Uno queda muy bien recompensado de ciertas fatigas por una hermosa cosecha de almas.

Recientemente el H. Tomás ha venido á colocar la campana que visteis en Ngazobil; y en vez de montarla cerca de la capilla se ha preferido ponerla en la altura, casi en el centro del pueblo, de suerte que puede ser vista desde el mar y oida de lejos. Otro motivo de escoger este sitio es porque el demonio lo ocupó de un modo especial, pues en él los hechiceros (y no faltan hombres que son ó se dicen tales) cumplian con preferencia ciertos ritos supersticiosos. Cavando, se ha encontrado á poca profundidad una botella llena de agua, sin obtener por menores acerca su significacion. Un anciano ha revelado que habia por allí cerca una jarra llena de mijo y otros objetos, pero que no se reconocia exactamente el sitio en que fué colocada. Los objetos supersticiosos los esconden ó desentierran siempre durante la noche: por este motivo se da, como entre los Volofs, el nombre de *cosas de la noche* (*yeuf i gondi*) á las obras de hechicería, á las relaciones con el demonio. Sea lo que fuere, la botella ha sido ventajosamente reemplazada por una medalla de san Benito. Dentro de poco gran número de casas se verán coronadas con el augusto signo de la Redencion, y el demonio tendrá que reconocer á su vencedor y ceder la plaza al Cristo: *In hoc signo vinces*.

Durante el mes de María cantamos todas las tardes las Letanías de la santísima Virgen, traducidas al serero. No podeis formaros idea de la concurrencia que este ejercicio atrae cada dia á nuestra capillita. El albañil y los carpinteros que vinieron para montar la campana apenas daban crédito á sus ojos viendo tanta gente agrupada desde la puerta hasta el pié del altar, y no estaban menos asombrados del concierto y entusiasmo con que los cristianos contestaban á las Letanías. Así á su regreso á Ngazobil no sabian hablar de otra cosa, de modo que una de las primeras preguntas de S. I. á su llegada, fué pedirnos cómo lo habíamos hecho para entusiasmar de tal suerte á sus obreros.

Nuestro Obispo ha podido convencerse por sí mismo de la necesidad de construir desde luego una iglesia. Están ya trazados los planos, y nos hace esperar que no transcurrirá el año próximo sin que por lo menos se inauguren las obras. Los materiales que aquí pueden procurarse serán conducidos á su sitio por nuestros cristianos, que harán las veces de peones. Sin embargo, los gastos serán aún bastante cuantiosos, y es de temer que se difiera la realizacion de nuestras esperanzas, si Dios no inspira á algunas personas caritativas el buen pensamiento de venir en nuestra ayuda. Una cabaña de paja no puede menos de ser muy agradable al religioso que ha tomado por guia y por modelo el divino Niño de Belén, y por lo que á mí toca, me encuentro en ella muy bien; empero para el Dios de la Eucaristía quisiera yo ver, sino un espléndido edificio, por lo menos una iglesia bastante grande y convenientemente adornada. Espero que la santísima Virgen y san Francisco Javier, nuestro glorioso Patron, proveerán á esta necesidad.

Aunque mi carta sea ya un poco larga, no la cerraré

sin hablaros de Palmarin, ya que parece os interesais tanto por esta localidad como por la de Fadiuta. El mismo día de mi llegada decidíose que se instalase allí Diamé, catequista de Joal. Fué recibido con mucho agasajo, y al cabo de un mes pudo anunciarnos que cierto número de jóvenes pedían el bautismo y estaban dispuestos para recibirlo.

Mas con objeto de evitar una persecucion contra los nuevos cristianos, importaba atraernos la benevolencia del rey de Sina. Desde antes de vuestra partida el anciano rey Lemu Diuf, habiéndose enajenado las simpatías de sus súbditos por la muerte de uno de sus amigos, nada mejor supo idear que quitarse la vida. En el momento en que Diamé empezaba sus lecciones de catecismo, dos competidores se disputaban el trono. En Sina, como en Salum, la monarquía es electiva, pero sólo se puede escoger entre los hijos de las princesas *gelovar*, ó pertenecientes á la familia Real. El padre no entra para nada en el orden de las sucesiones, de suerte que el hijo del rey, si su madre no es por sí misma de sangre Real, no tiene más probabilidad de llegar al trono que el último de sus súbditos. Ha pasado ya á proverbio entre los Sereros, que el hijo del rey será padre de rey, porque casará con una princesa *gelovar*, pero no será rey. Desde que un príncipe nace cuenta con partidarios y enemigos; viéndose con frecuencia obligado á expatriarse hasta el momento en que su partido viene á ser el más fuerte y le llama para sentarse en el trono.

Tras una guerra de muchos meses, Amady Baro, hermano del rey difunto, logró abatir á su rival, y desde entonces reina sin contradicción. Espérase que este príncipe nos será favorable, porque en sus años de destierro tuvo ocasion de conocer misioneros, y en particular al P. Diouf. Este último se dirigió, pues, á Fatik, acompañado del catequista, y encontró, en efecto, al rey bastante bien dispuesto. Mas los grandes que le rodean han protestado unánimemente contra la introduccion del cristianismo. En vano se esforzó el Padre en hacerles comprender que no nos metíamos en política: constantemente se atrincheraban tras este argumento: «Los Padres empezaron tambien así en Joal, declarando que no tenían otro objeto que instruir á los Sereros; mas luego vinieron los franceses y se apoderaron de la ciudad: quieren obrar del mismo modo en Palmarin, pero no lo consentiremos.» Como conclusion han afirmado que no harán daño á los misioneros, pero que los habitantes que quisieran hacerse cristianos estarían obligados á pagar diez bueyes y quedarían sujetos á toda suerte de vejaciones. Y el rey no ha podido ó no ha querido resistir.

De buen ó mal grado ha sido preciso volver con esta contestacion poco satisfactoria, y dar orden al catequista de que se restituyese á Joal. Esperemos que esto sólo será un despecho: ya era de presumir que el demonio suscitaría dificultades. Las disposiciones pueden cambiar de un momento á otro, sea adquiriendo el rey mayor autoridad, sea que él ceda en breve á otro su cetro, pues comunmente los reyes de este país no viven mucho tiempo, embrutecidos como se hallan por el excesivo uso del *sangara*.

Los comerciantes que vienen á Fatik vense constreñidos á satisfacer exorbitantes gravámenes. Todos los prin-

cipes tienen derecho á percibir el de pasaje, que se paga en *sangara* y en telas. El nuevo rey se muestra más exigente aún que sus predecesores: desde que llega á un pueblo los vecinos compiten en quien ocultará mejor lo que puede tentar la codicia del soberano ó de sus amigos. Así no es maravilla que los habitantes de Palmarin y de los pueblos vecinos, á fin de ser protegidos contra tales exacciones, aspiren á pasar bajo la autoridad de Francia, como los de Joal y de Fadiuta.

El P. Lamoise, que está muy al corriente de los usos y costumbres de los Sereros, no se ha sorprendido poco ni mucho de la acogida hecha al P. Diouf, pues este pueblo es naturalmente enemigo de novedades. Empero asegura que no hay por que desalentarse, y que las dificultades no tardarán en desvanecerse por sí mismas: lo deseamos vivamente, pues si estos pueblos no estuviesen sujetos á semejante tiranía, nos ofrecerían un campo muy bien preparado para recibir la divina semilla.

Diríase que el demonio de Africa redobla su furor, pues en dos meses hemos sabido la muerte de cuatro de nuestros misioneros, todos superiores de Comunidad. De consiguiente ahora es el momento, para los que se interesan en la salvacion de los negros, de que redoblen su generosidad y su fervor en las oraciones, puesto que si el infierno se agita es prueba de que se le escapa el imperio, y si Dios exige grandes sacrificios es porque quiere dispensar preciosísimas gracias.

ATHABASKA—MACKENZIA.

Carta del Ilmo. Chud, oblato de María Inmaculada, coadjutor del Ilmo. Faraud.

PARTÍ de la Natividad el 17 de Agosto para dirigirme al río de la Paz. La barca en que tomámos plaza iba excesivamente cargada, y las continuas lluvias contrariaron mucho nuestra navegacion durante los treinta y siete días que duró ésta. El río, hinchado por las aguas, desbordaba en cada orilla, lo que hacia el halaje muy difícil. Los jóvenes ocupados en esta maniobra se hundían en el lodo, y nuestros campamentos de noche eran sumamente húmedos; así es que esta clase de viajes son ocasion de todos nuestros reumatismos.

Encontrámos varias tiendas de indios y pude bautizar á algunos. En el primer punto de comercio con los salvajes, sito á orillas del pequeño río Rojo, oí ocho confesiones y dí la sagrada Comunión á cinco personas. Por desgracia no se tuvo anticipada noticia de mi paso, y la mayor parte de los salvajes se encontraba en los bosques. Dos veces celebré el santo Sacrificio en una casita de techo tan deteriorado, que los ornamentos y mi persona estaban expuestos á las goteras, teniendo no poco trabajo en preservar el corporal.

Encontrámos aún otros cinco puestos y varios campamentos de indios. En todas partes se nos recibió con gozo y querían retenernos. ¡Cuán infelices son aquellas buenas gentes! Había entre ellos quien hacia cinco años que no veía al misionero.

El 19 de Setiembre llegámos al puesto del río Bucana, donde tuvimos que detenernos dos días, y los aprovechámos para instruir á las familias residentes. Teniendo que retroceder la barca por orden de un empleado de la

bahía de Hudson, me vi obligado á alquilar una estrecha canoa y á un hombre de buena voluntad para dirigirla. Acostumbrado ya á esta especie de viajes, tuve que reemplazarle de vez en cuando. La corriente es rapidísima hasta las Montañas-Berroqueñas; el halaje en el lodo y la direccion de la canoa nos ocasionaron no poca fatiga. Nuestro calzado resbalaba en el limo ó se cortaba en las piedras agudas, viéndonos obligados frecuentemente á andar descalzos.

Por fin el 24 de Setiembre á las once de la mañana llegamos á San Carlos. El misionero no nos esperaba aún, y quedó agradablemente sorprendido. Toda la mañana habia cogido patatas, y se dispuso á hacer la comida. La pobreza de aquella Mision es extrema. La poblacion ha disminuido mucho á consecuencia del hambre, y deja que desear por lo que respecta á instruccion religiosa. Por lo demás, nuestros misioneros del rio de la Paz siempre han tenido que sufrir á causa de la escasez de sacerdotes. Así es que los protestantes, que lo han advertido, hacen grandes esfuerzos para establecerse allí.

Mi primera intencion era pasar el invierno en San Carlos; mas cuando vi que un aumento de personal podia acarrear grave perjuicio á esta Mision, no quise aumentar las privaciones de mis compañeros, y el 11 de Octubre me puse en camino para volver á la Natividad. Caso que el frio precoz fuese hartamente intenso, invernaría en la Mision de San Enrique, pues en efecto habia ya carámbanos y el cierzo nos azotaba violentamente el rostro.

Pasé dos noches penosísimas. En el rio Bucana supe que las carretas que venian del pequeño lago de los Esclavos se habian retrasado á consecuencia del rigor de la temperatura: los carámbanos eran cada vez más numerosos en torno nuestro y aumentaban en espesor. Encontrábame solo; ¿qué hacer? Una carta que me brindaba á dirigirme á dicho lago, me decidió y tomé pasaje en una de las carretas. Púseme en marcha el 21 de Octubre y llegué el 27. Los Padres y la poblacion con su cordial recibimiento me hicieron olvidar todos mis trabajos.

El pequeño lago de los Esclavos tiene de 70 á 80 millas de largo por 8 ó 10 de ancho: es abundante en peces, y ofrece recursos muy preciosos en estos momentos en que la caza disminuye hartamente. En sus orillas hay diseminadas algunas casas habitadas por mestizos, casi todos católicos. Nuestros Padres han hecho allí mucho bien. No tienen Hermanos ni servidores; pero han trabajado enérgicamente, y cuentan ahora junto á la Mision con campos de patatas cultivados con el sudor de su frente. Los salvajes como siempre son perezosos y no les ayudan.

Admiré la caridad de los Padres, quienes, á pesar de estar miserablemente albergados, habian recogido á un anciano muy enfermo, con lo que tuvieron que adoptar además casi toda la familia. Su casa estaba transformada en una especie de hospital inhabitable. He tenido que tomar medidas para evitar todo peligro de contagio y hacer que los Padres volviesen en posesion de su cocina.

El frio, que me obliga á pasar aquí el invierno y retarda mi regreso á la Natividad, me habrá procurado la ocasion de hacer bien á esta pobre Mision. Nuestros Padres y sus fieles se aprovechan de ella, y mi visita habrá servido para promover la gloria de Dios.

Comparado al grande lago del mismo nombre, que es como una especie de mar interior, el pequeño lago de los Esclavos carece de importancia: no obstante, sus orillas son encantadoras y empiezan á poblarse de habitantes. El 27 de Diciembre partimos con dos hombres y tres trineos para la Mision de Nuestra Señora de las Victorias, pues tenia grandes deseos de arreglar algunos asuntos con mi vicario apostólico, el Ilmo. Faraud.

Empleámos dos dias en atravesar el lago, siguiéndole en el sentido de su longitud. El hielo era muy grueso y formaba un espejo magnífico sobre el que resbalábamos y caíamos á cada instante. Por mi parte caí más de sesenta veces, y á la postre quedé enteramente dolorido, y mis codos sobre todo, que, junto con las manos, los adelantaba á fin de atenuar el golpe de las caídas, estaban en lastimoso estado. Una vez salidos del lago, no encontramos ya grandes dificultades, y en siete dias y medio anduvimos las 300 millas que separan la Mision San Bernardo del lago Labiche.

Llegamos el 3 de Enero al medio dia. El Ilmo. Faraud, nuestros Padres y Hermanos, que me creian en Atabaska, quedaron asombrados de mi visita. Fué para mí extremado gozo poder conversar con el Vicario apostólico: nunca, en diez años, le habia visto en estado de salud tan satisfactorio.

Ocho dias demorámos en el lago Labiche, y el 12 por la mañana tomámos el camino del lago de los Esclavos. La vuelta fué menos penosa de lo que lo habia sido la ida.

El 10 de Marzo me dirigí al lago del Pescado blanco, en donde hubo primeras Comuniones y Confirmaciones. Allí es extraordinaria la miseria, y aunque albergados en casa del tratante en pieles, que es un puro salvaje civilizado, padecemos hambre.

Me decidí el 21 de Marzo á volver á la casa de nuestros Padres de San Carlos (Duvegon) sin aguardar el deshielo. No cesó de caer la nieve durante el viaje, y el 26 del mismo mes llegamos allí rendidos de fatiga.

Comunmente la visita de un obispo es motivo de pia dosis de alegría para quienes la reciben: hoy dia sucede aquí todo lo contrario. Nuestros Padres de San Carlos se ven reducidos á tal extremo de miseria, que se asustan de mi presencia, pues va á aumentar sus excesivas privaciones. Nuestros pobres misioneros sólo tienen algunas patatas: felizmente pude procurarme un poco de harina para no serles hartamente gravoso. Debo decir, sin embargo, que varias veces padecí cruelmente por el hambre, y que mi estómago está enteramente desarreglado. Una noche fué tal mi padecimiento, que tuve que levantarme para tomar el único pedacito de chocolate que me quedaba.

3 de Mayo. —Va á tener lugar felizmente el deshielo: disminuirán los sufrimientos: las vacas encontrarán alimento, y tendremos manteca y leche.

El 10 de Mayo cesaré de estar prisionero en estos tristes barrios y me embarcaré en una balsa para la Mision de San Enrique, á 350 millas; desde allí nos dirigiremos en barca á la Natividad, 300 millas más lejos. Tras una corta permanencia, nueva partida; me dirigiré á la Mision de la Providencia, á 450 millas más al Norte, y allí tendré que pasar el invierno próximo. Será en junto un viaje de 11,000 millas: espero encontrar en el trayecto campamentos de indios y tener ocasion de administrar los Sacramentos á gran número de salvajes.

CRÓNICA.

Roma. — Su Eminencia el cardenal Simeoni, prefecto de la sagrada Congregacion de la Propaganda, participa á los señores Directores de la *Obra de la propagacion de la fe* los importantes cambios que ha introducido la Santa Sede en los límites de las circunscripciones eclesiásticas de una parte del Canadá.

1.º El vicariato del Canadá septentrional queda suprimido, y forma, con una porcion del obispado de Kingston, la diócesis de Peterborough. El Ilmo. Jamot, precedentemente obispo titular de Sarepta y vicario apostólico del Canadá septentrional, es nombrado para la nueva Sede.

2.º Con objeto de atender á las necesidades espirituales de los salvajes que viven al rededor de las bahías de James y Hudson, el vicariato apostólico de Pontiac es formado en gran parte de la diócesis de Ottawa. El Rdo. Narciso Ceferino Lorain, vicario general de Montreal, ha sido elegido para primer vicario apostólico de Pontiac y será nombrado para un obispado titular.

3.º Se erige la prefectura apostólica del golfo de San Lorenzo, la que comprende un extenso territorio al Norte de este golfo, la isla de Anticosti y algunas otras más pequeñas: tiene por objeto la evangelizacion de los esquimales que habitan entre el golfo de San Lorenzo y la bahía de Hudson. Se encarga de ella el Rdo. Francisco Javier de Rossé.

— En el *Osservatore romano* encontramos la siguiente circular de la *Propaganda Fide*. Recomendamos á nuestros amigos la grande obra de caridad á que se refiere.

«Los sucesos de Egipto han causado, como todos saben, inmensas pérdidas, especialmente en la colonia europea. Las Misiones esparcidas por aquellas regiones han sufrido gravísimos daños, y los fieles y especialmente los misioneros tienden los brazos á la *Propaganda* para que los socorra en su miseria.

«Es deplorable su situacion. Religiosas y monjes, que no se proponían en Egipto sino propagar el cristianismo y la civilizacion, recorren Europa buscando asilo, y muchos de los italianos se han refugiado en su patria, esperando de sus conciudadanos un socorro que bien han merecido por su abnegacion y su heroismo.

«Los huérfanos, esperanza del Cristianismo en aquellas regiones, hállanse dispersos; los fieles indígenas, especialmente de nacionalidad copta, quedan sin socorro entre el fanatismo y los peligros de la guerra. La *Propaganda*, que con afecto de madre siempre está pronta á auxiliar al infortunio, hace cuanto puede en su favor.

«Pero la circunstancia de los tiempos, los continuos golpes á que por ésta se ha visto sujeta, y la imposibilidad en que ahora se encuentra de disponer de una parte de sus capitales, como otras veces ha hecho, imponen estrechísimos límites á su generosidad.

«Por esto se dirige á todos los cristianos, á fin de que unan á sus esfuerzos su dádiva amorosa para los fieles atribulados, ayudándolos con el óbolo de la caridad. Todas las sumas, por pequeñas que sean, que se entreguen en manos del eminentísimo Cardenal-Prefecto, ó tambien en la Direccion del *Osservatore romano*, darán alivio á los infelices que de todas partes tienden la mano, y enjugarán muchas lágrimas.

«Convencidos estamos de que los corazones generosos de los hijos de la Iglesia, y especialmente los italianos, corresponderán de buena voluntad á esta invitacion, que es como manifestacion solemne del grito de dolor de nuestros distantes hermanos.

«Recordemos, en fin, que la pública colecta dirigida á este nobilísimo objeto, y que la soberana munificencia del santísimo Padre Leon XIII se ha dignado inaugurar con la generosa oferta de 3,000 liras, á la que siguió otro donativo de 2,000 liras de la *Propaganda*, está abierta en las columnas de nuestro periódico.

«De esperar es que los cristianos del mundo entero se interesen por la suerte de los infelices víctimas de la guerra de Egipto. Dispersas las Misiones, hoy piden limosna los héroes de la Iglesia que mantenian viva en Egipto la luz del Evangelio, y los cristianos indígenas que se ven separados de sus maestros y protectores. La voz de la *Propaganda Fide* no puede menos de ser oída por todos los católicos.»

Jaffna (Ceylan). — El Ilmo. Cristóbal Bonjean, de los Oblatos de María Inmaculada, escribe el 15 de Julio:

«El Ilmo. Melizan y yo estamos haciendo cada uno la respectiva visita pastoral. Mi querido coadjutor visita la Mision de Mantotta, en donde ha tenido el consuelo de recibir la retractacion del último adherido al cisma de 1872. En Trincomalea mi paso ha sido señalado por gran número de felices retornos: un apóstata protestante ha hecho su abjuracion, veinte paganos han recibido el Bautismo, y el rasgo más notable de esta Mision es el insignificante número de los que no han cumplido en esta circunstancia sus deberes religiosos.»

Corea. — Este país que hasta el presente, á causa de desconfianza excesiva, se habia mantenido extraño al movimiento civilizador y al progreso europeo, acaba de romper con sus tradiciones seculares. Los Estados-Unidos han conseguido finalmente establecer con la Corea relaciones de comercio y amistad. Todas las potencias europeas van ahora á recibir las mismas ventajas que los americanos. La bárbara Península, la *terra incognita* del *Far East*, abre sus puertas al Occidente: fácil es prever desde luego la maravillosa florecencia de la fe católica en este pequeño reino, que despues de cincuenta años de la más terrible persecucion no ha podido detener el heroico entusiasmo de los misioneros.

Los periódicos ingleses publican, tomándolo del *Mainichi Shimbun* de Yokohama, el texto completo del tratado, cuyos puntos más importantes son los siguientes:

«Artículo 1.º La Corea es una dependencia del imperio del Centro; mas para el ejercicio de su política extranjera é interior goza de libertad absoluta... El presidente de los Estados-Unidos nunca intervendrá en las cuestiones concernientes á este vasallaje,

«Art. 3.º Cada uno de los dos países nombrará un agente diplomático, que fijará su residencia en la capital, y cónsules generales ó vicecónsules que residirán en algunos de los puertos.

«Art. 5.º Los ciudadanos americanos residentes en Corea serán protegidos en sus personas y bienes por el Gobierno de esta nacion. Todo súbdito coreano que cometa un crimen contra un americano, será preso por las Autoridades del país y castigado segun las leyes del mismo. Los ciudadanos americanos culpables de crimen para con algun súbdito coreano, serán juzgados y castigados por el cónsul americano ú otro funcionario público autorizado al efecto, conforme á las leyes de los Estados-Unidos de América.

«Art. 7.º ... Los ciudadanos americanos pueden residir y negociar en los puertos abiertos al comercio y en las localidades que se enumeran en el tratado; pueden comprar, construir, tomar en arriendo y ocupar casas y almacenes; pueden hacer el comercio sobre toda especie de productos y objetos manufacturados, á excepcion de las mercancías prohibidas. Los americanos establecidos en los territorios acordados pagarán un derecho calculado segun una tasa

fijada por las Autoridades coreanas: podrán obtener concesiones territoriales á perpetuidad. Si con aprobacion del Gobierno de Corea alquilan terrenos fuera de los límites del tratado, quedarán sometidos á la jurisdiccion local, y les será prohibido importar allí mercancías, dedicarse al comercio y comprar tierras...

«Art. 12. Se concede toda facilidad á los nacionales de ambos países para estudiar la lengua, las ciencias y la industria del país aliado...

«Art. 13. Como esta es la primera vez que la Corea entra en relaciones con una nacion extranjera, al cabo de cinco años, cuando uno y otro pueblo y los funcionarios se habrán familiarizado con la lengua y las costumbres de cada nacion contratante, los dos Estados tendrán una nueva deliberacion á fin de remediar los inconvenientes que se hayan advertido en la ejecucion del tratado.

«Art. 14. En los documentos oficiales las Autoridades coreanas usarán el chino, y las Autoridades americanas se servirán del inglés y del chino.»

Bengala oriental.—El P. Amandolini, misionero benedictino del Arrakan, escribe desde Akyab el 21 de Abril último:

«Apenas hace ocho meses que me destinaron á Akyab, en donde soy todavía como extranjero. Todo está para crear en esta pobre Mision, que se encuentra desprovista de las cosas más necesarias. Nuestra modesta capilla ni siquiera tiene candeleros, y nos vemos obligados á conservar el santísimo Sacramento en una custodia. Tenemos pocos ornamentos sagrados y aún estos muy usados, y nos faltan muchas cosas para celebrar con decencia el culto divino. Otra de las necesidades más capitales de esta Mision es sin duda la construccion de una escuela para los niños de la ciudad.»

Egipto.—El P. Duret, de las Misiones africanas de Lyon, escribía desde Ismailía el 17 de Julio:

«Me encuentro aquí con el P. Wellinger en una casita que la Compañía de Suez ha puesto á nuestra disposicion. Partí de Tintah dos días antes de los asesinatos. Durante mucho tiempo no hemos podido comunicarnos con Port-Said y estamos sin noticias. Anhelamos que se restablezca la calma, á fin de regresar á nuestras queridas Misiones.»

—La H. Eliodora, de las Misiones africanas de Lyon, escribía desde Alejandría:

«Después de cuatro días de angustia, estamos por fin fuera de peligro por el momento, y no sabemos cómo tributar debidas acciones de gracias al Altísimo por habernos protegido de una manera tan milagrosa.

«El 11 de este mes de Julio cayó una bomba en el dormitorio de las Hermanas; felizmente fué á sepultarse en un colchon sin herir á nadie: los ingleses nos dicen que si hubiese estallado, el dormitorio habría venido abajo: de buena, pues, hemos escapado.

«Al día siguiente hubo otra alarma. Los árabes, después de saquear enteramente las casas, las entregaban al fuego. Temiendo una noche que el hospital fuese incendiado, las Hermanas despertaron á todos los enfermos: éramos más de 300 personas en los corredores, aguardando el último momento para salir, pues hartos sabíamos que en la puerta los árabes no hubieran dejado de asesinarnos. Por último, merced á la abnegacion de algunas personas que extinguieron el incendio de las casas vecinas, nos hemos librado sólo con el consiguiente susto.»

—La Rda. M. María Catalina, superiora de las Religiosas de la Tercera Orden de san Francisco, que tienen en el Cairo un huerfanato de niñas árabes y negras, escribía el 3 de Julio al Procurador de las Misiones franciscanas:

«No tengo necesidad de esforzarme para describiros mis angustias en la terrible tormenta que atravesamos. Además

de las Religiosas tengo que sustentar á 150 huérfanas por lo menos, árabes unas, y otras negritas rescatadas de la esclavitud. La miseria aumenta de día en día y no podemos salir con nuestras niñas. A excepcion de pocos europeos, la mayor parte de los cristianos han partido ya. Me encuentro sin dinero, y en breve me veré reducida con mis queridas huérfanas á morir de hambre. ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Pongo mi confianza en Él y en sus fieles servidores.»

—La terrible revolucion que acaba de ensangrentar el Egipto ha puesto en evidencia la popularidad de que gozan los Hijos de san Francisco entre los indígenas. Los fanáticos musulmanes en medio de su furor han respetado á los humildes y caritativos Religiosos.

El P. Francisco de Orta escribía desde Mansurah al comisario de Tierra Santa: «Ya no hay europeos, cristianos ni judíos en Egipto. Unicamente nosotros permanecemos constantemente en nuestro puesto. El Mahmur nos ha enviado centinelas, y él mismo cada noche hace patrulla y vela por nuestra seguridad.»

—El corresponsal del *Daily-News* escribió desde Alejandría:

«He visitado los hospitales, y me es imposible hacer dignamente el elogio de las Hermanas de la Caridad. Además del gran número de enfermos, su casa rebosa de europeos dominados por el temor. Una bomba lanzada por uno de los buques de la escuadra penetró en un aposento donde se encontraban tres Hermanas, y se hundió en la pared, pero sin hacer explosion.»

Costa de los Esclavos.—Escribe el P. Terrien, de las Misiones africanas de Lyon:

«Como si no fuese bastante para la Costa de los Esclavos ser el país de la caza del hombre y de la trata de negros, el país del fetiquismo y de los sacrificios humanos, la tierra que alimenta reptiles é insectos venenosos, otro azote ha venido á ensañarse en esta infeliz comarca: me refiero á la *chica*, que hace tres años nos importaron los marineros brasileños.

«La chica es una especie de pulga pequeña que elige su domicilio en el cuerpo del hombre, y con preferencia en las partes más sensibles, entre las uñas de piés y manos. En el momento en que penetra en la piel sólo produce un ligero cosquilleo que no basta durante el sueño para despertar; mas una vez dentro las carnes provoca vivos comezones. Su presencia se distingue por un pequeño punto negro imperceptible, orificio del surco que se abrió el animal. Cuando el insecto se ha instalado en los tejidos, es preciso practicar con el cortaplumas una operacion dolorosa, que consiste en abrir anchamente el surco para llegar hasta la pulga y extraerla, pues de lo contrario depone en las carnes multitud de huevos, plantel de nuevos insectos. De ahí inflamaciones múltiples en las extremidades, después la podredumbre de los dedos, y en breve finalmente la gangrena. A menudo he visto infelices negros retorcerse de dolor en la arena, conjurándose á que les prestase socorro. Es entonces preciso recurrir á los medios más violentos, cortar y quemar sin consideracion. Hemos podido curar á muchísimos merced á un tratamiento asiduo de algunos meses: con frecuencia es necesario cortar dedos y hasta piés enteros, habiendo muerto algunos á causa de esta enfermedad gangrenosa ó á consecuencia de la operacion.

«Las chicas se hallan comunmente en la arena. Los negros, que andan descalzos, son atacados por ellas fácilmente, aunque tampoco han sido exentos los misioneros, que llevan medias y zapatos. Por mi parte he tenido que sufrir más de cincuenta extracciones, y lo mismo poco más ó menos la mayor parte de mis compañeros.

«La invasion de la *chica* ha sido para nuestra Mision

un verdadero azote. Los niños atacados no pueden andar y desertan de nuestras escuelas. El domingo apenas es frecuentada la nueva iglesia de Lagos: gracias á la capa de arena que constituye su pavimento, se ha convertido por así decirlo en cuartel general de la chica, y los negros se alejan del lugar santo por un temor ¡ay! harto legítimo. Sólo nos queda un medio para luchar contra el azote: enlosar la iglesia; pero para esto necesitaríamos 2,000 pesetas. Únicamente entonces podríamos reunir sin peligro los 3,000 cristianos que la han frecuentado hasta ahora.»

Africa ecuatorial. — El P. Lourdel, misionero de Argel, escribe desde Santa María de Rubaga, capital del Uganda:

«Es preciso que me haga violencia para escribiros, pues estoy sumido en la mayor tristeza. Esta noche hemos administrado la primera Comunión á uno de nuestros neófitos injustamente condenado á muerte, y que debe ser quemado vivo la noche siguiente, con algunos centenares de sus compatriotas. Este jóven, animado de los mejores sentimientos, ha venido con permiso de sus carceleros á despedirse de nosotros. Habiéndole bautizado en la prision uno de nuestros cristianos, no hemos tenido que hacer más sino suplir las ceremonias de la Iglesia. ¡Con qué gozo acepta la muerte que debe poner fin á su destierro en este mundo y abrirle las puertas de la patria celestial!

«Poco despues de media noche el P. Livinhac subió al altar, y Jesucristo entró por la primera y última vez en el corazon de este valiente cristiano, bajo las especies sacramentales.

«Esta mañana el buen neófito nos ha enviado, á título de testamento, su esclavo de catorce años, que sabe ya el catecismo, haciendo que nos dijese: «Quiero que viva con vosotros, pues así conocerá la verdadera Religion y no imitará á los servidores del diablo.»

«Lorenzo (tal es el nombre que hemos dado á este jóven á causa del suplicio de fuego que ha padecido ya y que debe poner fin á sus días) ha convertido en el encierro á uno de los que han de ser conducidos al suplicio. Debe administrarle el Bautismo antes del momento fatal, y en el caso de que tuviese las manos atadas le reemplazará uno de nuestros catecúmenos.

«¿Tendré valor para deciros la causa de tales horrores? La adivináis sin duda. El rey Mtesa, continuamente enfermo, se agría cada vez más, y no quiere ser solo en sufrir y morir!»

Estados-Unidos. — Del *Times* tomamos lo siguiente:

«El Catolicismo es un poder reconocido en Nueva-York, y su importancia bajo cualquier punto de vista que se considere no puede ser bastante ponderada: existe unidad y no hay concilios divididos. Es una constitucion que enlaza á todos sus miembros y les somete á una autoridad, cuya cabeza reside en Roma. El católico se adhiere á su Iglesia y no le preocupan las demás; tampoco se gloria de su poder... Es una fuerza grande y silenciosa. La ciudad está dividida en parroquias, cuya demarcacion está claramente definida. Las unas cuentan 25,000 almas; otras 2 ó 3,000.»

El *reporter* del *Times* se dirigió al secretario del Cardenal para obtener detalles precisos. Recibido muy cortesmente, supo que, segun los cálculos de la Autoridad eclesiástica, hay en Nueva-York 500,000 católicos. En 1872 habia 229 sacerdotes; en 1882 hay 384. Las iglesias y capillas públicas ascendian á 121; hoy á 150.

La poblacion católica de la diócesis sube á 600,000 almas; 262 sacerdotes seculares, 113 regulares, 68 seminaristas, 262 iglesias, 47 capillas, 36 conventos, un seminario, cuatro colegios de niños con 875 alumnos, 22 academias para señoritas con 1,203 alumnas, 531 escuelas parroquia-

les de niños con 15,285 discípulos, 560 de niñas con 18,562 alumnas. Hay que contar además los asilos de huérfanos de ambos sexos y las escuelas industriales.

Los católicos representan el 40 por 100 de la poblacion. Siguiendo esta progresion, dentro de diez años toda Nueva-York será católica.

La primera Congregacion data de 1783: en 1786 se reunia en una pequeña sala. La iglesia de San Pedro fué construida en Barelay-street, y fué la única durante treinta años.

En 1838 San Pedro fué reedificado. La catedral antigua de San Patricio se empezó en 1815. En 1845 habia en Nueva-York 16 iglesias y 50,000 católicos. Los protestantes han aumentado un 76 por 100 y los católicos 252 por 100.

El *reporter* del *Times* consigna estas cifras con tristeza; pues no se le oculta que una enfermedad incurable corroe el Protestantismo, á pesar de la riqueza y la proteccion con que cuenta, y que el Catolicismo siempre perseguido se manifiesta cada vez más vigoroso, y su fecundidad admirable extiende cada vez más sus dominios.

Una carta que publica el mismo periódico hace constar que entre los católicos de los Estados-Unidos apenas el 1 por 100 son lo que se llama ignorantes. Los hombres y las mujeres más instruidos buscan refugio en la Iglesia católica. Los católicos tienen numerosas familias. El autor de la carta es padre de trece hijos. Los protestantes, esclavos del vicio, ó no tienen hijos, ó tienen pocos.

De aquí que los católicos ejerzan cada vez mayor influencia en la sociedad.

No es sólo en Nueva-York donde el Catolicismo se extiende. Las diócesis del centro y del Oeste presentan igual espectáculo. Así sucede en Cincinnati, en San Luis y en Chicago. Los Estados del Sur están algo más atrasados por consecuencia de la esclavitud. Los protestantes propietarios se oponian á que se enseñase á sus esclavos el Evangelio libertador.

La ciudad de Pittsburgo, para no citar sino un ejemplo, la ciudad industrial por excelencia, situada en el centro del país de la hulla y el petróleo, no era en 1816 más que una pequeña aldea. Contaba 16 católicos, sin capilla, visitados una ó dos veces al año por un misionero.

Hoy forma dos obispados: el de Pittsburgo y el de Allagangh; tiene 2 catedrales, 22 iglesias, 10 capillas y numerosas instituciones. Fuera de la ciudad hay 23 iglesias y 100 sacerdotes. La poblacion católica asciende á 95,000 almas.

Son consoladores en extremo estos elocuentísimos datos.

Nueva-Zelandia. — La Sede episcopal de Auckland, vacante desde la muerte del Ilmo. Steins, de la Compañía de Jesús, acaba de ser provista de un titular. La Santa Sede ha elegido para reemplazar al eminente Arzobispo un religioso benedictino, el P. Edmundo Luck, vicepresidente del colegio de San Agustin en Ramsgat (Inglaterra).

Nacido en 1839, el nuevo Prelado ingresó en el noviciado de Monte-Casino á los veintin años, y desde su profesion religiosa ha desempeñado diferentes cargos importantes en los monasterios ingleses de su Orden. La consagracion del Ilmo. Luck verificóse en Ramsgat el 13 de Agosto, siendo consagrante el cardenal Manning, arzobispo de Westminster.

Sandwich (Oceania). — Un viajero aleman, refiriendo en un periódico de Berlin su estancia en Honolulu, hace la descripcion de un valle de la isla Molokai, enteramente rodeada de altas peñas, en donde se encuentran confinados los leprosos de las islas Sandwich.

«Un solo extranjero ha penetrado en este infierno, añade: es un sacerdote católico que ha ido á vivir entre aquellos moribundos é infelices desesperados para prodigarles

los consuelos de la vida eterna. ¡Viajeros de todas naciones que pasais frente del peñasco de Molokai, saludadle!»

El P. Damian Devenster, á quien se dirige este homenaje del viajero protestante, no está solo en aquella isla desolada: el P. Montiton comparte actualmente su heroico ministerio.

MARRUECOS,

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

XVIII.

Abd er-Rahman y las potencias cristianas. — Los piratas de Salé y el buque francés. — Ataques de los moros á los presidios españoles. — Muere Abd er-Rahman. — Proclamacion de su hijo Sidi Mohamed. — España le declara la guerra. — El primer encuentro con los moros. — Varios combates. — El cólera y el hambre. — Batallas de Tetuan y de Uad-Ras. — La paz. — Las aduanas marroquíes. — Muley Chilali se proclama sultan. — Es muerto y lo mismo su califa. — Marruecos sitiada. — El Zair y los Sieidas. — Las provincias del Sus. — Muerte de Sidi Mohamed. — Muley Hassan en el trono de Marruecos. — Conclusion.



JUSTADAS las paces entre Francia y Marruecos, Muley Abd er-Rahman trató de arreglar las diferencias que tenia pendientes con varios Estados de Europa, que querian eximirse del vergonzoso tributo que pagaban á Marruecos. Por mediacion de la oficiosa Inglaterra, vino á un acuerdo el Sultan con Dinamarca, Suecia, Holanda y España. Esta última potencia, por ser la más próxima á Marruecos y tener sus presidios enclavados en el litoral marroquí, era la que más sufría con las insolencias de los moros; siendo lo peor y más sensible que nunca reclamaba con la debida energía, como se vió á principios de 1844, cuando en Mazagan fué traidora y alevosamente asesinado el judío Víctor Darmon, que en dicha plaza representaba á España como agente consular.

No fué España la única nacion ofendida. En 1851 se suscitaron algunas dificultades entre el Sultan y el presidente de la república francesa, por haber robado los habitantes de Salé un buque de dicha nacion que habia encallado en la costa, y por haber asaltado despues la casa del cónsul francés, que pidió inútilmente á las Au-

toridades indígenas la coveniente satisfaccion por aquel hecho vandálico. El almirante Dubordieu se presentó con su escuadrilla ante los muros de Salé en 25 de Diciembre, reclamando una indemnizacion de 200,000 francos y el castigo de los culpables. Despues de bombardear á Salé, la escuadrilla francesa hizo rumbo á Tánger, y allí parece que las Autoridades marroquíes accedieron á las exigencias de la Francia, arreglándose pacíficamente las diferencias que entre ambas potencias existian.

Gobernó Abd er-Rahman desde esta época con bastante tranquilidad y sin otras dificultades que las originadas por algunas kabilas revoltosas; pero en sus últimos dias los moros rifeños insultaban sin cesar á los habitantes de nuestros presidios, hasta el punto de que nadie podia salir del recinto de las fortificaciones sin exponerse á ser víctima de la barbarie de los moros fronterizos. En Ceuta, sobre todo, llegaron los habitantes de Anghera á destruir el punto divisorio del terreno perteneciente á España y á destrozar las armas de nuestra nacion que en él se ostentaban. Este ultraje vino á colmar la justa ira del Gobierno de Madrid, que como ya habia recibido demasiados insultos é injurias de los moros, estaba en el caso de reclamar con justicia y con energía.

En efecto, nuestro cónsul general en Tánger, D. Juan Blanco del Valle, por órdenes expresas del Gobierno de España, hizo las debidas y justas reclamaciones que exi-

gian nuestra honra y nuestra dignidad nacional tantas veces ultrajadas y ofendidas. Estando en estas reclamaciones, falleció Abd er-Rahman en Mequinez el dia 29 de Agosto de 1859. En su testamento dejó por heredero del trono á su primogénito Sidi Mohamed, habido en una negra, y á su hermano Muley el-Abbas por califa. Sidi Mohamed se hallaba en Marruecos á la sazón, y Muley el-Abbas, que habitaba en Mequinez, se apresuró á escribirle participándole la muerte de su padre y su elevacion al trono, suplicándole además que se presentara en Fez para ser jurado Amir el-Mumenin.

Luego se presentó en Fez Sidi Mohamed; pero los habitantes de esta ciudad y los de Mequinez proclamaron



TÚNEZ.— Capilla de San Luis en Cartago. (Pág. 431).

por sultán á Muley el-Abbas. Este desinteresado Príncipe redujo al pueblo á la obediencia de su hermano, haciéndole ver que su determinación era contra la voluntad del difunto Sultán, y que él jamás consentiría en admitir la corona imperial. Tal fuerza tuvieron sus palabras, que al llegar su hermano á Fez fué reconocido y aclamado sin dificultad alguna: empero como Sidi Mohamed era mulato, y en el Imperio había descendientes directos de Muley Soliman, se ofrecieron varias dificultades para conseguir que algunas ciudades le reconocieran como sucesor de su padre; pero todo pudo zanjarse pacíficamente merced á la inminente y ya inevitable guerra con España.

Afianzado en el trono Sidi Mohamed, prometió dar completa satisfacción al Gobierno español por los ultrajes que habían inferido á España los moros fronterizos de Ceuta, ofreciendo además toda clase de garantías para lo sucesivo. En virtud de estas promesas, nuestro cónsul entregó al ministro marroquí una nota detallada de las reclamaciones y justas exigencias de España, á cuya nota se contestó por orden de Sidi Mohamed con evasivas, que, si bien no podían considerarse como una negativa terminante, mucho menos podían ser suficientes para satisfacer á los agravios recibidos. El Gobierno español, cuya dignidad no le permitía esperar más tiempo, declaró la guerra al imperio marroquí en la célebre sesión de Cortes del 22 de Octubre de 1859, y decidió llevar sus armas al África para vengar los insultos hechos á su pabellón por los fanáticos hijos del Islam. El grito de guerra resonó en toda la nación: los partidos, prescindiendo noblemente de sus ideas y abandonando sus aspiraciones, se unieron como un solo hombre para defender el honor de la patria. Así fué que en toda España no se oyeron sino estas palabras: «¡Guerra al moro!»

Era entonces presidente del Consejo de Ministros y ministro de la Guerra D. Leopoldo O'Donnell, que con la actividad y energía que tanto le caracterizaban organizó cuatro brillantes cuerpos de ejército, á las respectivas órdenes de los generales Echagüe, Zavala, Ros de Olano y Prim, que componían un total de 35,000 hombres, con 74 piezas de artillería de campaña y 2,000 caballos; tomando el mando como general en jefe el mismo O'Donnell. Estas cuatro divisiones pasaron sucesivamente el Estrecho, y el 19 de Noviembre tuvo ya lugar el primer encuentro entre la de Echagüe, única que á la fecha había en Ceuta, y algunos moros de Anghera, cruzándose un ligero tiroteo entre éstos y las avanzadas de la vanguardia.

A este pequeño encuentro, que inauguraba una campaña ruda, pero gloriosa para España, sucedieron otros más, y el ejército español, superando mil dificultades y sobreponiéndose á sí mismo, si nos es permitido expresarnos así, continuó su triunfante marcha, empujando una serie de combates gloriosos en Castillejos, Monte-Negron, Cabo Negro y Valle del río Martín, ó Uad-el-Jelú, hasta llegar á la desembocadura de éste, donde el general O'Donnell estableció su base de operaciones para dirigirse sobre Tetuan, cuya posesión era su objeto por entonces.

Si el ejército español hizo mucho venciendo á las huestes de Muley el-Abbas y de su hermano Muley Hamed, las cuales ascendían al número de 50,000 combatientes,

y si se portó como valiente en la pelea, no hizo menos en mostrarse paciente y resignado en la fatal calamidad del cólera que lo diezmaba, y en la del hambre que tuvo que sufrir en las llanuras del río Martín, cuando una horrible tempestad impedía á los buques españoles, anclados en Ceuta, que llevaran comestibles á las tropas, que hacía tres días sólo se sustentaban con galleta mojada en agua caliente y almejas, arrojadas por la misma tempestad á la playa.

El General en jefe, después de haber examinado las posiciones del enemigo y de haber preparado sus tropas, dió la orden de abatir tiendas el día 4 de Febrero de 1860 y mandó marchar frente al campamento enemigo, que se hallaba en Torre Quelali, defendido con trincheras y baterías que dominaban perfectamente el camino que había de seguir nuestro ejército. Este no retrocedió ni una sola línea; y continuando siempre avanzando en medio del mortífero fuego del enemigo, llegó á las trincheras del campamento de Muley el-Abbas. Los moros, diezmados y destrozados por los certeros disparos de la artillería y por el valor nunca desmentido del ejército español, huyeron precipitadamente abandonando su campamento, y los españoles victoriosos tomaban posesión de 800 tiendas, incluidas las de los Príncipes marroquíes y su quitasol, 8 piezas de artillería, gran número de camellos y muchos efectos de guerra. Al día siguiente de esta famosa batalla, conocida por la batalla de Tetuan, esta ciudad capituló, y la bandera española ondeaba el día 6 sobre sus muros y fortalezas.

Después de esta batalla del día 4 comprendió el general marroquí, Muley el-Abbas, que le era imposible vencer á un ejército como el español, que á pesar de ser inferior en número al marroquí y de hallarse en país desconocido, defendía con tal denuedo las veinte millas que hay desde Ceuta á Tetuan. Por esto el día 11 envió á Tetuan sus parlamentarios pidiendo la paz, y pocos días después, el 16, se celebró otra conferencia con nuevos parlamentarios; pero tanto en esta como en la que se celebró el 23 cerca del puente Buceja entre el general O'Donnell y Muley el-Abbas, no pudieron éstos convenir en las condiciones, puesto que el Gobierno español exigía la cesión de la ciudad de Tetuan, y el Príncipe imperial no podía acceder á ello, según las órdenes que tenía de su hermano el Sultán. Más tarde se reanudaron las negociaciones de paz, pero también sin resultado, por insistir los moros en no ceder á Tetuan, ni aún como garantía de la indemnización de guerra. Entre tanto tuvo lugar el bombardeo de Larache y Arcila por la escuadra española, y también un reñido combate entre los moros y parte de nuestras tropas en Sierra-Bermeja, junto al pintoresco pueblecito de Samsa, que se halla á 4 kilómetros al Oeste de Tetuan.

Viendo el general O'Donnell que no era posible la paz, dió la orden de marchar para Tánger, pero en la convicción de que sería atacado antes de llegar al Fondak, que se halla en una escabrosa montaña, por cuyos peligrosos desfiladeros era indispensable pasar para llegar á dicha ciudad. En efecto, después de dejar á Tetuan convenientemente defendida por algunas tropas y por las 80 piezas de artillería que en ella habían abandonado los moros, dióse el 23 de Marzo muy de mañana la orden de marcha. No bien habían salido nuestras tropas de la

ciudad de Tetuan, cuando los moros principiaron á hacerles fuego, y al llegar al puente Buceja tuvieron que disputar su paso palmo á palmo. Pasado este puente se generalizó el combate, que fué rudo, cruel y reñido, puesto que los moros contaban de 45 á 50,000 hombres, número duplicado al de las fuerzas españolas. Este hecho de armas se conoce con el nombre de batalla de Uad-Ras, nombre de un riachuelo próximo al lugar del combate, cuyas aguas se volvieron rojizas con la mucha sangre derramada por los combatientes. Las tropas españolas arrojaron al enemigo de todas sus posiciones, aunque les costó no pocas pérdidas, si bien las de los moros fueron inmensamente mayores, por haber defendido tenazmente y á pecho descubierto sus fuertes posiciones, como decia el parte oficial.

Al dia siguiente tenia ya dada la orden el general O'Donnell para continuar la marcha sobre Tánger, pues el difícil paso del Fondak no lo podrian impedir los moros, destrozados y dispersos como estaban; pero bien temprano se presentaron los comisionados de Muley el-Abbas con una carta para el General en jefe, en la que con mucha insistencia manifestaba el Príncipe sus deseos de paz y de tener una conferencia con el mismo general O'Donnell. Este accedió á sus deseos, y al siguiente dia 25 de Marzo tuvo lugar la conferencia. En ella se firmaron los preliminares de la paz y se celebró un armisticio. Así concluyó la célebre guerra de Africa que tanto honró á España, y en la que nuestro ejército manifestó una vez más su valor nunca desmentido, pues en las dos batallas y en los veintitres combates que sostuvo contra los moros salió siempre victorioso, por más que el cólera, el hambre y todos los elementos se hubiesen conjurado de consuno contra él.

En los preliminares de paz quedó pactado «que Marruecos cederia á España á perpetuidad y en pleno dominio y soberanía todo el territorio comprendido desde el mar siguiendo las alturas de Sierra-Bullones hasta el barranco de Anghera; que Marruecos se aviniese tambien á conceder á perpetuidad en la costa del Oceano, en Santa Cruz la Pequeña, el territorio suficiente para la formacion de un establecimiento como el que España tuvo allí anteriormente; que se ratificara á la mayor brevedad posible el convenio relativo á las plazas de Melilla, el Peñon y Alhucemas, que los plenipotenciarios de España y Marruecos firmaron en Tetuan á 24 de Agosto de 1859; que se pagase á España, como justa indemnizacion por los gastos de la guerra, la suma de 20.000,000 de duros, estipulándose la forma del pago de esta suma en el tratado definitivo de paz; que la ciudad de Tetuan, como todo el territorio que formaba el antiguo bajalato del mismo nombre, quedara en poder de España como garantía hasta el completo pago de la indemnizacion de guerra, evacuando enteramente las tropas españolas la ciudad y su territorio tan luego como dicha obligacion se cumpliera; que se celebrara un tratado de comercio, en el cual se estipulasen en favor de España todas las ventajas que se hubieran concedido ó se concediesen en el porvenir á la nacion más favorecida; que á fin de evitar en adelante sucesos como los que dieron ocasion á la guerra actual, pudiera el representante de España residir en Fez ó en el punto más conveniente para la proteccion de los intereses españoles y mantenimiento de las bue-

nas relaciones entre ambos Estados; que el Rey de Marruecos autorizara en Fez el establecimiento de una casa de misioneros españoles, como la existente en Tánger; y por último, que S. M. la Reina de las Españas nombrara desde luego dos plenipotenciarios para que con otros dos que designase el Sultan de Marruecos, extendieran las capitulaciones definitivas de paz; debiéndose reunir dichos plenipotenciarios en la ciudad de Tetuan y dar por terminados sus trabajos en el plazo más breve posible, que nunca podria exceder de treinta dias, á contar desde la fecha en que se firmaron los preliminares. Con arreglo, pues, á estos preliminares, y sin otra circunstancia notable que haberse establecido para el pago de la indemnizacion de guerra que el primer plazo se pagase en 1.º de Julio de 1860, y el último en 28 de Diciembre, se firmó definitivamente el tratado de paz en Tetuan la noche del 26 de Abril de dicho año.» Los negociadores por parte de España fueron el general García, jefe de Estado mayor del ejército, que se habia distinguido mucho en la guerra, y D. Tomás Ligües y Bardají, director de política en el Ministerio de Estado. Por parte de los marroquíes fueron Sidi Mohamed el-Jetib, ministro de Negocios extranjeros, y Sidi Ahmed el-Xabli ben Abd el-Malek.

Como en este tratado, segun dejamos dicho, se estipuló que Marruecos entregara á España como indemnizacion de guerra 20.000,000 de duros, fué necesario establecer en las Aduanas del Imperio interventores y recaudadores españoles; de aquí proviene el que esas mismas Aduanas se hayan regularizado tanto, que han llegado á rendir seis ó siete décimas partes más que antes de la guerra, cuando al frente de ellas sólo habia empleados marroquíes. Despues de la guerra ha sido este país más visitado por los extranjeros, estableciéndose muchos en la costa, donde hacen un regular comercio, si bien es cierto, y lo decimos con dolor, que no hallan el apoyo que era de esperar de sus respectivos Gobiernos. Es cierto que el Gobierno marroquí se vió obligado á conceder ciertas franquicias y privilegios á los europeos de resultas de esta guerra, pero no lo es menos que con la política que es peculiar á los moros han ido desapareciendo paulatinamente tales franquicias y privilegios.

Sidi Mohamed prosiguió rigiendo los destinos de Marruecos sin tener más guerras que las casi continuas con las kabilas. Su reinado fué muy turbulento, porque unas veces las kabilas del Rif, otras las del Zair, ya porque se negaban á obedecer al hijo de una negra, como lo era el Sultan, ya porque no querian pagar los tributos que les imponia, casi siempre se hallaban en revolucion. En el mes de Marzo de 1862 sublevóse todo el Garb, llevando al frente al xerif Muley Chilali. Hallábase entonces en Rabat Sidi Mohamed, y envió contra los revoltosos á su hermano Muley er-Raxid con 4,000 caballos, 2,000 infantes y seis piezas de artillería. El cabecilla Chilali ordenó sus tropas, y sin esperar á Muley er-Raxid dirigióse hácia Mequinez; empero al llegar al santuario de Muley Edris quiso entrar á hacer oracion y á pedirle su proteccion para salir triunfante en la demanda y ser proclamado sultan del Magreb. Uno de los santones de Muley Edris convidó á comer al xerif Chilali, que se hallaba solo por haber dejado toda su gente fuera del pueblo.

No bien habia principiado la comida, cuando uno de los comensales, obedeciendo á la señal del santón, clavó su puñal en la espalda de Muley Chilali, que cayó en tierra exánime: cortáronle la cabeza, y se la presentaron al Sultan, que pagó al portador con un vestido, un caballo y una propina en metálico. Cuatro dias despues salió el mismo Sultan para la kabila de Beni-Hassan, que no tardó en apaciguar, y como ésta, ya sumisa, le presentara el califa de Muley Chilali, ordenó que fuera fusilado en el sitio mismo donde se degollaban las reses para el servicio público.

Al regresar el Sultan á Rabat recibió la noticia de hallarse sitiada la ciudad de Marruecos por las kabilas de las montañas de aquella parte del Atlas. Inmediatamente

se puso Sidi Mohamed en camino para liberrar la capital; y en la segunda batalla que dió á los sitiadores, acometidos tambien por la guarnicion de la plaza, los venció y puso en precipitada fuga, aunque en la pelea perdió 80 hombres y 200 caballos. Al amanecer del siguiente dia presentóse al Sultan una Comision de los revoltosos pidiéndole la paz, que les fué otorgada á condicion de entregarle cien caballos, cien yeguas, cien vacas, cien camellos, un millon de reales y quinientos hombres en rehenes, como garantía de sumision.

Poco tiempo llevaba en paz Sidi Mohamed en la ciudad de Marruecos, cuando vióse precisado otra vez á salir á campaña para sujetar á los nuevos revoltosos del Zaid y Sieydas. En los primeros dias de Setiembre de



TÚNEZ.—Interior de la capilla de San Luis en Cartago. (Pág. 431).

1864, al frente de un ejército de 30,000 hombres y 52 piezas de artillería, presentóse ante la tribu de los Sieydas, resuelto á someter por la fuerza todos los habitantes de las kabilas que pueblan la parte del territorio marroquí conocido con aquel nombre, que hasta entonces no habia reconocido á Sidi Mohamed, rigiéndose con completa independencía de su autoridad. El carácter belicoso de estas kabilas, y la especial topografía del territorio que ocupan, les permitia obrar con la impunidad de siempre; pero el Sultan se propuso reprimirlas con ejemplar energía.

Las intimaciones hechas por el Sultan fueron recibidas por las indómitas kabilas con señaladas demostraciones de desprecio: sólo el terror y el espanto que causó en

los rebeldes Sieydas la bárbara y cruel sorpresa de dos duares (1), ordenada y dispuesta por el mismo Sidi Mo-

(1) El *duar* es la vivienda comun de los árabes: se reduce á una reunion de tiendas (seis, diez, quince ó á lo más veinte) hechas de pelos de camello, de cabra y de raíz de palmito. Estas tiendas las colocan en circunferencia, y en el círculo guardan de noche sus ganados. Por lo regular en medio del círculo colocan otra tienda que les sirve de mezquita, y por eso la llaman *yama*. En cada una de las otras tiendas mora una familia, y el *xiej* ó *xej* (anciano) gobierna todo el *duar*, dirige á sus habitantes en las expediciones, administra justicia y reparte la contribucion que el sultan, por medio del jefe de toda la kabila ó gobernador de la provincia, les impone. Cuando los ganados del *duar* han comido todos los pastos de las cercanías, trasladan los árabes sus tiendas á otro sitio más á propósito para alimentarlos con sus pastos, pero sin salir del radio de su kabila.

hamed, pudo reducirlos á la obediencia, á lo menos por entonces.

En el Real campamento se habia mandado á algunos batallones del *ascar* (1) que á favor de la oscuridad de la noche acometiesen repentinamente á los dos citados duares, haciendo prisioneros á todos sus moradores y pasando á cuchillo á todo el que opusiera la más mínima resistencia ó intentara fugarse. Los batallones del *ascar* desempeñaron tan cumplidamente su bárbaro cometido, que al día siguiente, al presentarse el Sultan en la barrera que rodeaba su tienda, se encontró con un centenar de cabezas cortadas, de hombres, mujeres y niños, artísticamente colocadas en forma de pirámide; espectáculo que, segun cuentan, afectó extraordinariamente á S. M., por más que tan sangrienta hecatombe hubiese dado por resultado la incondicional sumision de los tenaces Sieydas, sujetos hoy, como las otras kabilas del Imperio, á la tiranía de siete gobernadores que el Sultan nombró para administrar aquel extenso y quebrado territorio.

Lisonjeados Sidi Mohamed por tan brillante resultado, creyó fácil y segura la sumision de las kabilas del Zair. Estas, á semejanza de las de los Sieydas, se regian y continúan rigiéndose emancipadas de la autoridad del Sultan, y se distinguen por sus instintos guerreros y belicosos, que se acentúan hasta la ferocidad: todo esto unido á la escabrosidad del país por ellas habitado, las pone á cubierto de cualquier ataque que contra ellas se intente, circunstancia que las tiene envalentonadas en extremo, puesto que rara vez han sido vencidas, á pesar de los inauditos esfuerzos y repetidas tentativas que para conseguirlo han hecho varios sultanes.

Sidi Mohamed no fué más afortunado que sus predecesores: despues de un alarde de fuerza que duró cerca de un mes, durante el cual no escaseaban las amenazas, que no dieron el menor resultado, hubo de pasar por el ridículo de levantar el campo, convencido de la ineficacia de su quimérico empeño, y despues de sufrir los insultos de los de Zair que le provocaban á batirse, no obstante sus 30,000 hombres y sus 52 cañones.

Este suceso se ha repetido más de una vez en los siguientes años y con los mismos resultados con poca diferencia: así sucedió el año de 1868; los Sieydas cogieron al Sultan 14 acémilas cargadas de oro y plata acuñada, muchas tiendas de campaña y diferentes efectos y equipajes, teniendo el mismo Sultan que refugiarse en Mequinez, como plaza fuerte y segura. Es, pues, evidentemente cierto que las kabilas del Zair gozan de completa autonomía, y sólo respetan y obedecen las órdenes de sus jefes, que las mismas kabilas nombran entre los más ancianos y respetables de sus individuos.

Entre tanto las provincias del Sus siguen tambien completamente independientes desde que Sidi Hexasim y su padre Xerif Ahmed dieron el grito de independencia, como ya dejamos dicho; y á pesar de lo que se diga

(1) Despues de la guerra con España el Gobierno marroquí organizó algunos batallones de infantería regular (unos 8,000 hombres próximamente), á quienes han dado el nombre de *ascar*. Estos soldados van armados de fusiles de cápsula y bayoneta, de los desechados en Europa, y vestidos con las ropas viejas de la guarnicion de Gibraltar. Los demás soldados llevan su traje nacional y van armados de espingardas fabricadas en Inglaterra con el hierro de Vizcaya.

en contrario es indudable que el sultan magrebino no tiene autoridad alguna sobre ellas, puesto que se gobiernan por sus xiejes, entre los que hay algunos tan tristemente célebres por sus hechos, que no dudamos en calificarlos de piratas: testigos los cautivos españoles que allí estuvieron presos muchos años por aquel inhumano y cruel jefe.

Sidi Mohamed residia durante su reinado, ya en Marruecos, ya en Fez, y algunas temporadas en Rabat y Mequinez. En el año 1873 se trasladó de Fez á Marruecos, y en esta última ciudad murió casi repentinamente el 11 de Setiembre de dicho año. Los magnates de la Corte ofrecieron la corona al príncipe Muley el-Abbas; pero éste, considerando que su difunto hermano tenia hijos, que más tarde ó más temprano habian de reclamar sus derechos al trono, y que aún habia en Tafilet descendientes directos de Muley Soliman, que podian tratar de levantarse con el mando, como lo intentaron más de una vez á la muerte de Abd er-Rahman, renunció generosamente tal oferta, segun lo habia hecho ya cuando murió su padre, y aconsejó que proclamasen al hijo mayor de Sidi Mohamed. Así lo hicieron en efecto, nombrando por sucesor á Muley Hassan ben-Mohamed.

A la sazón se hallaba este Príncipe al frente de un regular cuerpo de ejército en la revoltosa provincia de Haha, á donde lo habia enviado su padre para sujetar á las sublevadas kabilas de aquel país. Al tener noticia de la muerte de su padre y de su elevacion al trono partió inmediatamente para la ciudad de Marruecos, dejando el mando de las tropas á uno de sus generales. En Marruecos fué muy bien recibido, y su primer cuidado fué anunciar á todo el Imperio su elevacion al trono.

A los pocos dias de residir en la ciudad de Marruecos el nuevo Sultan, se presentó en la misma una Comision de los moros mas notables de Fez ofreciéndole la corona imperial, á condicion de que se presentara en Fez y les jurase sobre la tumba de Muley Edris todos sus fueros, segun costumbre que venia y sigue observándose desde tiempos antiguos. Al efecto salió el Sultan de Marruecos el 27 de Octubre, acompañado de sus tropas regulares. Pocas jornadas llevaba andadas la Real comitiva cuando la retaguardia de las tropas fué atacada por los moros de Damenars, kabila tan revoltosa como fuerte; pero volviendo el Sultan, justamente ofendido, hizo con ellos un cruel escarmiento, mandando cortar la cabeza á más de cien de sus principales jefes, y despues las envió á Marruecos para colgarlas en las calles y sitios más públicos, segun costumbre del país.

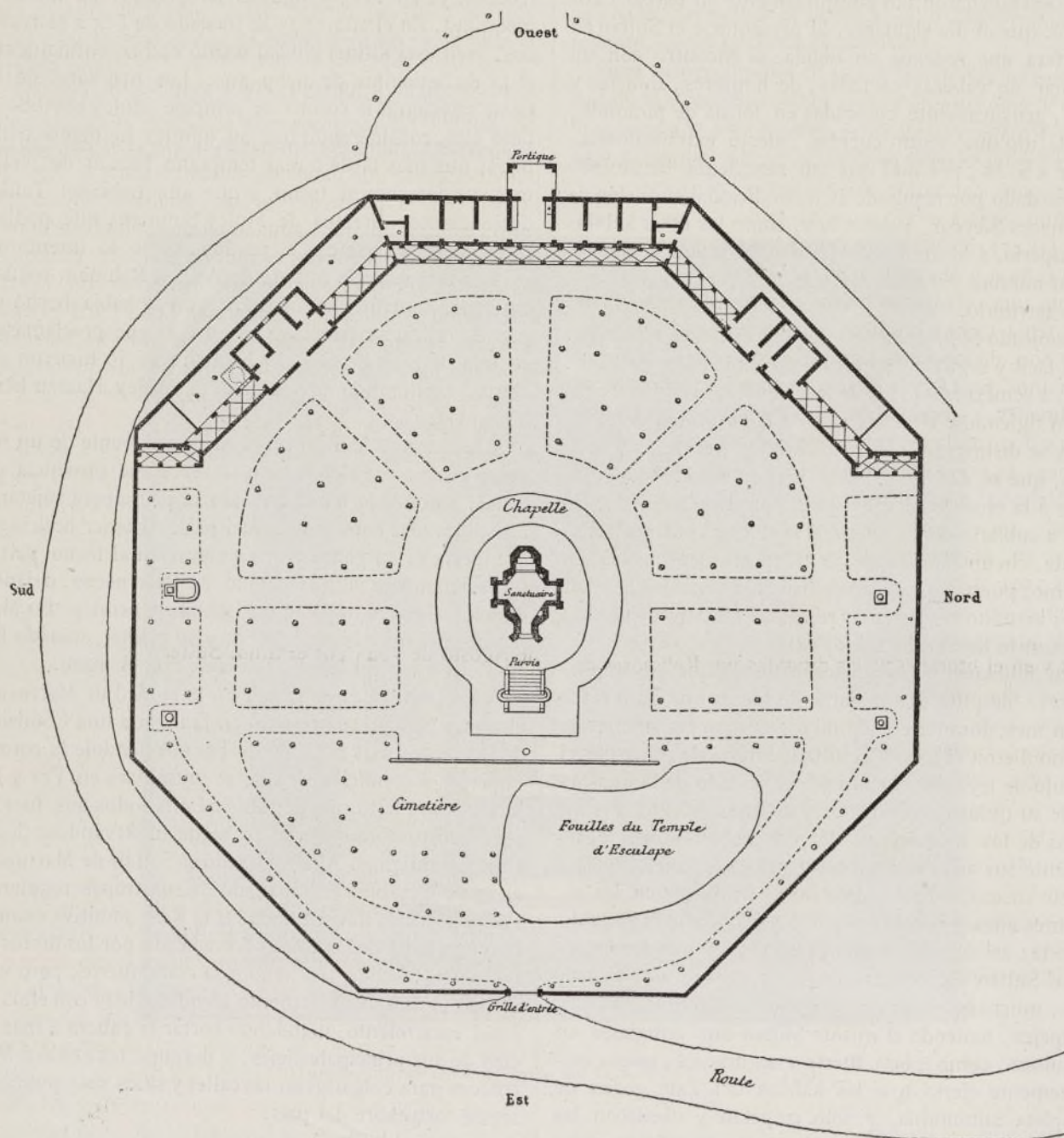
CONCLUSION.

Hasta aquí llegábamos el año de 1874. Ordenábamos estos modestos apuntes en el mismo imperio de Marruecos. Hoy nos abstenemos de continuarlos, ya porque los hechos del actual Sultan no nos son bastante conocidos desde que abandonámos aquel país, ya tambien porque habíamos de entrar en consideraciones que tal vez no fueran oportunas, y sobre todo porque no es propio de nuestro carácter herir susceptibilidades. Al ocuparnos de la política del Gobierno de Muley Hassan, necesariamente tendríamos que hacer alusiones á los represen-

tantes que las naciones civilizadas tienen en Tánger; y estamos muy lejos de creer que nuestras excitaciones produjesen los buenos resultados que deseamos y que desean también todas las personas que tienen verdadero interés en que España tenga en Marruecos la justísima influencia que le corresponde.

Al terminar nuestro pequeño trabajo sobre la historia del Magreb, hacemos fervientes votos por la felicidad de

aquel pueblo, sumido en las tinieblas y sombras de la muerte, y pedimos á Dios que se digne hacer brillar sobre él la luz civilizadora y vivificante del Evangelio. Nuestros deseos son tanto más ardientes cuanto que estamos muy satisfechos de la buena acogida y hospitalidad que en todas ocasiones nos dispensaron los magrebinos durante nuestra larga residencia en aquel Imperio.



PLANO DE LA CAPILLA DE SAN LUIS Y SUS DEPENDENCIAS EN CARTAGO. (Pág. 431).

La superficie encerrada por el muro de circunvalacion es de 8,517 metros 30 centímetros.

La parte de la meseta de Byrsa, cultivada por los guardianes, al rededor de dicho muro, representa una superficie de 2 hectáreas 36 áreas.

La superficie total del terreno ocupado es, pues, de 3 hectáreas 21 áreas.

La superficie contenida por el muro de circunvalacion se descompone así:

El solar de la capilla ocupa 228 metros.

Las diversas dependencias, como galerías cubiertas, patios interiores, establos, habitaciones, pórtico y vestíbulos, ocupan cerca de 935 metros.

El cementerio, plantaciones y excavaciones del templo de Esculapio, 3,801 metros.

Quedan libres más de 3,553 metros para los caminos de circulacion.

En el recinto hay 164 árboles.

El valor de las diversas construcciones es de 75,000 francos, sin contar el de la capilla, que puede estimarse en 100,000.

ENSAYO SOBRE LA HISTORIA RELIGIOSA DE TÚNEZ.

XIII.

VICARIATO APOSTÓLICO.

Por un breve de 21 de Marzo de 1843, el Papa Gregorio XVI elevó la prefectura de Túnez á la dignidad de vicariato apostólico. El P. Fidel Sutter, natural de Ferrara y provincial de los Capuchinos de Bolonia, fué nombrado vicario apostólico con el título de obispo de Rosalía.

En testimonio de su buena voluntad, el bey Ahmed añadió al convento de los Capuchinos el antiguo consulado de España, que donó á la Mision, concediendo además un vasto terreno para ensanchar el cementerio de San Antonio, concedido por Ali bey en 1773.

El Ilmo. Sutter erigió sucesivamente en parroquias: Gerba (1847), Mehedia (1848), Bicerta (1851), Puerto-Farina (1853) y Monastir (1862).

Segun una estadística hecha en 1867, la regencia de Túnez tenia 15,055 católicos, cuando en 1834 sólo contaba 7,800, de lo que se sigue que aumentó el doble en treinta años. En 1877 la Regencia contenia 1.000,000 de musulmanes, 35,000 judíos, 300 griegos, 50 protestantes y 15,809 católicos, repartidos como sigue:

Túnez, 12,000; la Goleta, 1,000; Susa, 600; Sfax, 870; Mehedia, 150; Bicerta, 130; Puerto-Farina, 100; Monastir, 160; Geba, 300; Solimano, 38; Nebel, 60; Galipia, 16; Harnamet, 20; Ras Gibel, 15, y en otros puntos 350.

Además del convento de Capuchinos, la casa episcopal y 9 iglesias construidas en la provincia, existen en Túnez y en el litoral escuelas dirigidas por Religiosas de San José de la Aparicion y por Hermanos de las Escuelas cristianas. Estos últimos, llegados en 1855, tienen en Túnez dos escuelas, una de ellas gratuita, comprendiendo en junto 550 discípulos cristianos, musulmanes ó israelitas. Tienen tambien una escuela en Susa.

Las Hermanas de San José sirven en Túnez un hospital sostenido por la caridad de los europeos: cuidan asimismo otro hospital en la Goleta y un tercero en Sfax, y tienen escuelas gratuitas y con retribucion en Túnez, la Goleta, Sfax y Susa, excediendo de 500 el número total de sus discípulos.

XIV.

LA CAPILLA DE SAN LUIS EN CARTAGO.

El 8 de Agosto de 1830 el rey Carlos X, cuyo destroamiento aún no era conocido en Túnez, contrató con la Regencia por medio de su cónsul general y encargado de negocios, D. Mateo de Lesseps, un tratado en ocho artículos. Un artículo adicional y secreto de la misma fecha contenia la disposicion siguiente:

«Concedemos á S. M. el Rey de Francia un solar en la Maalka para edificar en él un monumento religioso en honor de Luis IX, en el sitio donde murió este Príncipe; comprometiéndonos á respetar y á hacer que se respete este monumento consagrado por el Emperador de Francia á la memoria de uno de sus más ilustres antepasados.»

Hussein-bey no podia hacer en favor de Carlos X un don más excepcional, pues aún no se ha visto á ningun

príncipe musulman ceder voluntariamente siquiera una pequeñísima parte de su territorio en favor de un príncipe cristiano.

El cónsul general de Francia recibió además la facultad de determinar el sitio y de tomar todo el terreno que creyera necesario. El Sr. Mateo encargó esta tarea á su hijo D. Julio de Lesseps, quien, despues de examinar atentamente las ruinas de Cartago, decidió que la capilla se construyese en Birsá mismo, en el centro de la acrópolis púnica, sobre el templo de Esculapio (Eschmun). El rey Luis Felipe dió su aprobacion á este proyecto, y el Sr. Germain, arquitecto, fué encargado de la ereccion del monumento.

Diversas razones determinaron la eleccion del lugar. Joinville refiere que habiendo desembarcado el Rey de Francia en la playa de Cartago, estableció un campo contra un castillo árabe situado en una colina que dominaba el mar. La acrópolis es todavia el único punto de los alrededores que corresponde perfectamente á esta descripcion, y allí debió espirar san Luis. Fácil es convencerse de esto estudiando, como yo lo he hecho sobre el mismo lugar, la topografía comprendida entre el mar y Túnez. Aquel Rey, batido y rechazado de los muros de esta ciudad, no podia, antes de volver al mar, hacer otra cosa que colocarse en una eminencia para asistir al embarco de las tropas y vigilar al enemigo por la parte del lago. A su llegada, el Rey habia desembarcado poco más ó menos en el mismo punto, esto es entre las cisternas á orillas del mar y la casa del antiguo primer ministro Sidi Mustafá.

La capilla fué empezada en 1841, y consagrada el 25 de Agosto de 1845 por el Ilmo. Sutter.

Los adjuntos dibujos darán suficiente idea de la arquitectura del monumento, al cual se quiso dar la apariencia de la casa de un rico morabito árabe. Una cruz remata el edificio. En la puerta del santuario «del grande morabito cristiano,» como dicen los árabes, se lee la inscripcion siguiente: «Luis Felipe I, rey de los franceses, erigió este monumento en 1841, en el lugar donde murió el santo rey Luis su abuelo.»

Los calados de yeso que adornan el techo de la capilla y el altar mayor recuerdan los trabajos de la Alhambra. En el fondo del santuario una magnífica efígie de mármol negro representa al santo Rey, con el cetro y la corona. La Imágen, debida á un hábil escultor, fué transportada desde el mar á la colina de Birsá á fuerza de brazos por los soldados musulmanes del Bey.

En el mismo sitio donde se levanta el altar del piadoso Rey, la fábula colocó la pira de Dido. Allí tambien es donde, cinco siglos antes de nuestra Era, reinaban los dueños del Africa, de Sicilia, de Cerdeña, de las islas del Mediterráneo, de España: Magon el Grande, Amílcar. Desde allí partian con Hanon esas atrevidas expediciones que descubrian las costas del Oceano, las islas Británicas, Islandia y aún esa América que debia perder el mundo antiguo y Cristóbal Colon tenia que volver á encontrar un dia. Allí es donde Régulo, segun la hermosa frase de Bossuet, debia hacerse más ilustre por su prision que por sus victorias. De allí partió Anibal para contrabalancear por un momento la fortuna de Roma, y volver para asistir á la ruina de su patria. Allí es donde aparecen, sucesivamente vencedores y fugitivos, los dos

Escipiones, Mario, César, Catón y más tarde Genserico con sus vándalos, Belisario, y por último los feroces califas, que extienden por largos siglos sobre tantas ruinas el sangriento velo del olvido. Y en medio de estas sombrías figuras, las dulces imágenes de Cipriano, de Felicitas, de Perpetua, de Agustín y de Mónica, de esta madre de otro rey que no sube, es cierto, á un trono, pero que no reina menos desde hace siglos en los espíritus y en los corazones (1).»

Los que lean este Ensayo y examinen el grabado que les presentamos, verán cuán pobre y desnuda es esta capilla del más gran Rey de que se gloria la Francia, y cuán poco digna es de su destino.

En torno de la capilla hay un bosquecillo cerrado con paredes, y al frente, hacia el Sur, se ha construido un espacioso edificio reservado para los capellanes. A derecha é izquierda el arquitecto dispuso dos peristilos en los que hay empotrados fragmentos de piedras antiguas encontradas en los fundamentos. Entre las inscripciones así conservadas llamo la atención sobre la inscripción cristiana publicada en la primera parte de este Ensayo. Existen también cuatro inscripciones romanas y profanas que sólo menciono para memoria. Al pie de la capilla, hacia el Nordeste, hay un cementerio que guarda los despojos de los marinos franceses muertos en la rada de la Goleta y de otros franceses de residencia en Túnez. Esparcidos por el jardín se encuentran restos antiguos, y adviértese todavía una piscina de mosaico que se ha dejado deteriorar.

La capilla de San Luis está bajo la dependencia del consulado general de Francia en Túnez y bajo la jurisdicción eclesiástica del Vicario apostólico del mismo punto. Desde 1875 es servida por los Religiosos que el Ilmo. Lavigerie designa entre los individuos de la Misión del Sahara y del Sudán. Además del servicio de la capilla, esos misioneros asisten á los enfermos y educan é instruyen á los niños árabes. Hasta esta época el sitio en que murió san Luis no fué custodiado por ningún sacerdote, y aun era raro que el 25 de Agosto se celebrase en él una misa conmemorativa. El Ilmo. Lavigerie tuvo el mérito y la dicha, asignando misioneros á la capilla de San Luis, de reanudar, después de dos siglos de interrupción, la cadena mística de la hermosa Iglesia de Cartago.

Quizá algún día le será posible al eminente Prelado realizar uno de sus votos más queridos, volviendo á Cartago notable parte de las reliquias de san Luis.

EFEMÉRIDE.

27 DE SETIEMBRE DE 1637.— *Martirio en Nagasaki de cuatro religiosos dominicos: los PP. Guillermo Courtet, Miguel de Ozarata, Antonio González y Vicente de la Cruz, sacerdote japonés.*

«... Después de muchos obstáculos y de una penosa travesía, los misioneros llegaron á las islas Lion-Kiu el 10 de Julio de 1636; pero al poco tiempo de extenderse en sus trabajos en estas islas, fueron reconocidos, y se les prendió, conduciéndolos á Nagasaki, donde llegaron más de un año después, el 13 de Setiembre de 1637.

«Convencidos los jueces, después de varios interrogatorios, de su firmeza en la fe, les hicieron llevar al lugar del

(1) Ilmo. Lavigerie, *Saint Louis et son tombeau*, París, E. Belin, año 1875.

suplicio para probar de vencerles por medio de los tormentos. Pero nada consiguieron, sin embargo de emplear las más crueles é inauditas invenciones.

«Los generosos mártires pasaron por todas las pruebas del doloroso tormento del agua, bebiendo y arrojando en diferentes veces más de dos mil litros de ella. El P. Antonio González no tardó en sucumbir á tanto sufrimiento. Antes de partir para el cielo el generoso confesor despidióse de los tres Padres y de los dos seculares compañeros suyos, «con tal ternura, dice Juan de Rechac, que no se puede expresar, por más que se imagine, entregando su alma á Dios, echado en tierra, en medio de las inmundicias de la cárcel,» el 24 de Setiembre de 1637, siendo su cuerpo quemado y arrojadas sus cenizas al mar (1).

«Guillermo Courtet y Miguel Ozarata, muy lejos de perder el valor, llenaban los aires con sus piadosos cánticos y predicaban la verdadera fe á los idólatras, testigos de su martirio, resplandeciendo en sus semblantes las señales visibles del gozo interior y celestial de que se sentían inundados.

«No sucedió así con el P. Vicente de la Cruz, japonés, que anonadado por la atrocidad de los tormentos, sintió debilitarse su valor, y el confesor convirtiéndose en apóstata. Pero esta desdicha sólo duró un instante, pues la gracia triunfó de nuevo, merced á las calurosas exhortaciones de sus hermanos, y tocado de un verdadero y sincero arrepentimiento, confesó de nuevo el nombre adorado de Jesucristo y perseveró valerosamente hasta la muerte.

«Al tormento del agua añadieron el no menos terrible de las *aleznas*, en cuyo dolor hay cierta cosa tan sensible, tan torturadora, que parece ser irresistible; pero los fervientes discípulos del Crucificado, no pudiendo contener más el consuelo interior que inundaba sus almas, gritaron con entusiasmo:

«—¡Ah, cuán dulce es este sufrimiento! ¡Reina del santo Rosario, rogad por nosotros!

«Sorprendidos los verdugos de ver tanta constancia y tanta alegría, hundieron más sus *aleznas* haciéndolas chocar unas con otras como instrumentos de música.

«—¡Qué dulce armonía para el paraíso! gritaron los mártires.

«A la vista de las gotas de sangre que brotaban en abundancia de sus dedos, uno de ellos quedó como extasiado, exclamando:

«—¡Jesús! ¡Jesús! ¡qué hermosos claveles brotan de mis dedos! ¡Oh, qué coloradas son estas hermosas rosas! Las he teñido, Jesús mío, con mi sangre por vuestro amor; pero ¿qué supone la sangre que yo derramo por Vos en comparación de la que habeis vertido por mí?

«Obligándoles á arañar la tierra con las *aleznas* que habían clavado en sus dedos, repitieron todos con nuevo transporte de alegría y de amor:

«—¡Ah, qué hermoso camino para ir al cielo!

«Los espectadores estaban enternecidos hasta el extremo de derramar lágrimas, lo cual hacían hasta los mismos verdugos, lamentándose de que unos hombres tan nobles y valerosos hubiesen ido á buscar la muerte al Japon.

«—Nosotros no hemos venido aquí, dijo el P. Courtet, á buscar precisamente los tormentos y la muerte, sí que á anunciar el Evangelio de la salvación á los japoneses y á hacerles ver toda la vanidad de los ídolos.

«Era, en efecto, un espectáculo conmovedor el contemplar á aquellos generosos mártires, destrozados, casi sin vida, talmente desfallecidos que no podían sostenerse en

(1) El P. Antonio González, excelente religioso y gran teólogo, era español, natural de León, y tomó el santo hábito de nuestra Orden en el convento de esta ciudad. Después de profesar en España, pasó á Manila, donde fué nombrado regente del colegio.